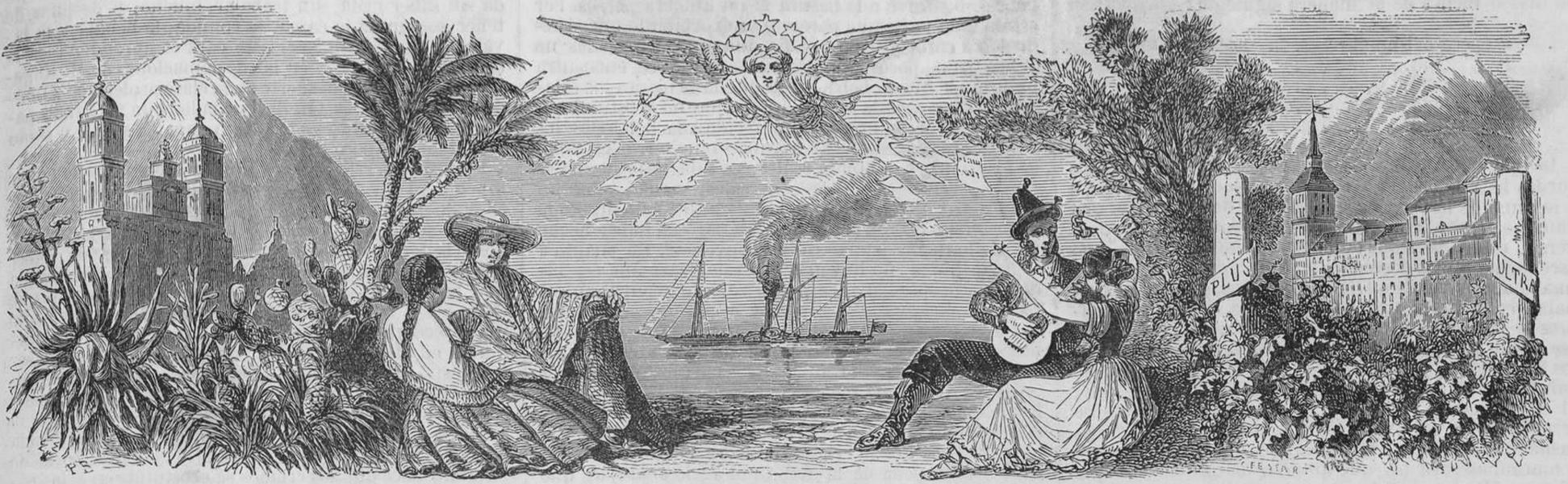


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

AÑO 13. — N° 87.

SUMARIO.

El nuevo virey de Egipto; grabado. — Los criados. — Revista de Paris. — El lago Blanco (Baltá-Alba); grabados. — Moralidad! — Exposicion de los diversos sistemas de telegrafia adoptados en los caminos de hierro. — Expedicion del Báltico grabados. — Margarita Pusterla. — Una excursion en la Nubia; grabados. — La muerte de Cromwell. — Revista de la moda. — Los viajeros en la China; grabados.

de á su tio Abbas-Bajá, en su calidad de hijo primogénito de Ibrahim-Bajá. Said-Bajá tiene tres hermanos menores que pueden reinar igualmente ántes que el hijo de Abbas-Bajá, Ali-Chalib-Bajá, que ha debido casarse el

8 de agosto con una hija primogénita del Sultan de Constantinopla.

Said-Bajá llegó al Cairo el 19 de julio, y fué recibido por todas las autoridades civiles, militares y religiosas que le esperaban en Chubrah, con el kiaya Elfy-Bey á la cabeza, el jefe de la oposicion que se declaró el primer dia contra el nuevo virey. Rodeado de este séquito numeroso y de una muchedumbre entusiasta que se apiñaba por todas partes á su paso, entró el nuevo virey en la capital de Egipto. Said-Bajá marchó inmediatamente á la ciudadela, donde tuvo lugar su proclamacion al ruido de las salvas de artillería. Por la noche todas las casas del Cairo estuvieron iluminadas brillantemente.

Los primeros actos de Said-Bajá le honran sobre manera, y son de un buen presagio para lo venidero. El nuevo virey ha concedido una amnistia completa á Elfy-Bey, y á todas las personas comprometidas en su resistencia. El kiaya sigue ocupando su elevado puesto. El mismo dia el virey presidió á las ceremonias religiosas que preceden á la salida de la inmensa caravana para la Meca.

El nuevo virey de Egipto.

Segun las correspondencias que hemos recibido, el advenimiento del nuevo virey ha hecho nacer en los ánimos grandes esperanzas. Vamos á extendernos aquí en algunos pormenores, para probar que Said-Bajá sucede en virtud de sus derechos, y no usurpando los del hijo de su tio Abbas-Bajá, que murió de repente hace pocos dias. Sin embargo, la herencia del vireinato ha sido contestada, pero gracias á la intervencion de los ministros de Francia y de Inglaterra, la protesta á que aludimos no ha tenido ningun resultado, y Said-Bajá reina en el dia con el consentimiento unánime de su pueblo.

El órden de sucesion se halla establecido en Egipto segun la ley del Alcoran, de modo que el heredero debe ser siempre el primogénito de los hijos varones de la familia de Mehemet-Ali. Abbas-Bajá, nacido de un hijo primogénito de Mehemet-Ali, Yussuf-Bey, muerto en 1818, reinaba en virtud de esa ley, y Said-Bajá suce-



Entrada en el Cairo del nuevo virey Said-Bajá, el 19 de julio.

Los criados.

A pesar de todas las declamaciones de ciertos socialistas que aspiran á la realizacion de una igualdad absoluta, yo creo que nunca llegaremos á esa era niveladora en que desaparezcan las clases, ó por mejor decir, en que se confundan de tal modo las personas que no tengan los unos el derecho de mandar, y los otros el deber de prestar obediencia.

Verdad es que la sociedad progresa marchando siempre en el sentido de la igualdad: comprendo y acepto esa serie de eslabones que forman la cadena histórica del hombre sobre la tierra, y que Fourier, ese loco sublime, que como todos los locos dejaba caer algunas verdades en sus intervalos de lucidez, clasifica sobre poco más ó menos de la manera siguiente:

1ª época del hombre.	antropofagia.
2ª id.	salvajismo.
3ª id.	esclavitud.
4ª id.	servidumbre.
5ª id.	proletariado, etc.

De esta serie deduce el soñador que tantas teorías absurdas ha provocado, haciendo más daño que provecho á la causa de la verdadera igualdad; deduce, digo, que vamos á entrar pronto en el período de la armonía universal, en ese período compuesto de dos términos, uno ascendente y otro descendente, que compondrán juntos una época de veinte ó treinta mil años, durante la cual habrá en la tierra una paz octaviana. Todos los hombres, y por consecuencia todas las mujeres, vivirán en ese estado perpetuo de ventura y tranquilidad con que los inteligentes pintan la vida futura de los justos. No habrá tuyo ni mío, ni toma ni daca, ni si fué ó si vino, ni tómate esa y vuelve por otra, porque las cosas se arreglarán de tal modo, en virtud de las atracciones pasionales, que habrá peras para los que quieran peras, y manzanas para los que quieran manzanas, sin que en estas últimas se reproduzca jamás la manzana de la discordia. Los maridos vivirán contentos con sus mujeres, y vice-versa, en la suposición de que se conserve la institución del matrimonio: no habrá hombre que codicie la mujer de su prójimo, ni esposa que rompa los vínculos del deber, y aun en este caso, no habrá marido que se atufe y eche á rodar los bártulos, prefiriendo la reparación de una vana honra al equilibrio universal. En un estado tan feliz, tan perfecto como este, claro es que no habrá criados ni amos, es decir gente que sirva para ganar un salario, y gente que mande, autorizada por la retribución que ha de pagar. Además ¿con qué habrán de pagar los amos á los criados, si se trata nada menos que de abolir la moneda? ¿y para qué serviría el dinero en un estado tal de abundancia en que todos tendrían más de lo necesario, gracias al don de las atracciones pasionales? No habrá más que establecer entre las personas una corriente cualquiera de amor, simpatía ó afecto, y caerán las perdas escabechadas sobre la mesa del banquete humano. Esto será magnífico. Lo único que me desconsuela es que al período del ascenso ó de revolución, há de suceder el de descenso ó reacción; después de llegar al apogeo de la dicha, retrocederá la humanidad hasta colocarse en el miserable punto de partida, pasando otra vez por el proletariado, la servidumbre, la esclavitud, el salvajismo, la antropofagia, y allí se acabarán los hombres, como no pueden menos de acabar, comiéndose los unos á los otros. Me aflige también la idea de no haber nacido un poco más tarde, para gozar siquiera los primeros albores de ese gran día que empezarán á disfrutar nuestros nietos ó tataranietos; pero me consuela un poco el pensar que semejantes cosas no han de realizarse á pesar de lo que afirman los furrieristas, porque hombres que dicen que la luna está próxima á morir de vieja, no tienen el derecho de ser creídos aunque alguna vez hablen con formalidad y apoyen sus asertos con pruebas matemáticas. Yo creo en el progreso indefinido, y no en el progreso infinito, es decir creo en la ley de la perfectibilidad sin alcanzar el punto final de la perfección. En este concepto me parece que las penas de la humanidad se disminuirán sin extinguirse completamente; que el desarrollo intelectual y moral estrechará las distancias de los seres racionales sin llegar á una completa nivelación de influencia, poder ó fortuna, por lo mismo que no puede concebirse una perfecta identidad física ó moral; que en el campo de la vida, lo mismo que en los sembrados, habrá unas espigas más altas que otras; en una palabra, que habrá, con más equidad sin duda que hoy, gobernantes y gobernados, ricos y pobres, sabios é ignorantes, valientes y cobardes, amos y criados.

Ahora bien, partiendo del principio de que la clase de los criados no se extinguirá, ó al menos vivirá tanto como la luna, lo que casi equivale á decir que durará tanto como la tierra, dejaremos deducir al lector el porvenir de dicha clase, describiendo su condición actual.

¿Qué era un criado hace diez años? Un punto intermedio entre el sirvo y el proletario. Obedecía sin replicar y ganaba un salario tan despreciable, que más bien parecía servir solo por la comida. Para comprender lo que esta clase progresa en bienestar de diez en diez años, basta hacer un paralelo entre la suerte actual de los criados en Francia y en España; porque aunque algunos suponen á la Francia un siglo más adelantada que la España, yo creo que este adelanto puede reducirse á un décimo del tiempo supuesto, y aun para eso tengo formada la opinión de que la Francia va andando cuesta abajo el camino que anda la España cuesta arriba, de modo que pronto se trocarán los papeles.

Un criado en España, ó por mejor decir, una criada, pues debe tomarse á la criada como tipo más común de la clase sirviente, es un ser cuya condición inspira alguna compasión todavía: esta obrera del hogar doméstico gana la comida, treinta ó cuarenta reales al mes, y ropa limpia, tres renglones de que ningún amo puede prescindir en ninguna parte, y á los cuales debe agregarse el no despreciable artículo de la *sisá*, robo

casi legal en todo el mundo por no haber medio posible de castigarlo ni aun de impedirlo. ¿Pero qué importan todas estas gabelas en mi patria? La comida importa muy poco, porque sale del sobrante de lo que comen los amos; de lo que se había de dar á los pobres si no hubiera criados, ó á los perros si no hubiera pobres, ó tirarse á la basura si no hubiera perros. Por este lado el gasto que parece mas exorbitante queda reducido á cero, y debo añadir que nuestras criadas no beben vino, porque en España casi no se encuentra una mujer que lo beba, y aunque lo bebieran los criados no sería á costa de los amos, que no acostumbran á conceder esta prerrogativa reclamada por todos los domésticos franceses. El segundo renglón, esto es, el de los treinta ó cuarenta reales, ya sabemos á lo que se reduce, á treinta ó cuarenta reales, verdad como un puño capaz de convencer á un litigante ó á un diputado ministerial, que en ser lo que son parecen haber hecho propósito de no dejarse nunca convencer. En cuanto á la ropa limpia, no hay más que establecer una especie de regla proporcional para saber á cuanto puede subir. La más peripuesta de nuestras criadas se muda una vez á la semana de camisa, y una vez al mes de ropa blanca en la cama, todo lo cual, unido al lavado de cuatro pañuelos para limpiarse las narices, importa por junto cuatro ó seis reales cuando más; y respecto de las sisas bastará decir para probar lo insignificante de este artículo, que allí se necesita elevar una compra á un duro para que la criada se atreva á robar un cuarto sin temer la pena de la excomunión, lo cual hace que el capítulo de las sisas ascienda cuando más á otros seis ú ocho reales mensuales. Sumando, pues, estos datos, y adoptándolos en su grado máximo, es decir en el caso más desfavorable á los amos, resulta en resumidas cuentas que en España puede tenerse una criada ó un criado por cincuenta ó sesenta reales al mes.

Pero si los criados ganan poco en España tienen que trabajar mucho, lo que siempre es un consuelo, siquiera porque mientras están ocupados no caen en malas tentaciones. Además, enagenan por los dichos cincuenta ó sesenta reales no solo el cuerpo que consagran al trabajo, sino una parte considerable de su dignidad, porque allí el amo, aunque sea un joven barbilampiño, tiene el derecho de tutear á sus criados, aunque estos tengan la cabeza blanca ó calva, indicios seguros de lo que llamamos edad venerable. Los términos en que se expresa una orden ó mandato están en consonancia con el tratamiento que se da á dichas personas: « Muchacho, ó muchacha; tráeme esto ó aquello: anda más pronto que la vista, etc. » sin añadir nunca una palabra que dulcifique la aspereza de la forma, y sin embargo nuestros criados se resignan con su situación. Mas diré, llegan á tomar afecto á sus amos.

¿Qué diferente suerte tienen los criados en Francia!

Aquí una criada debe comer, no de lo que sobra, sino de lo que para ella es preciso comprar expresamente, lo que hace que en cuanto á la manutención haya de contarse con el gasto que produce una persona más, y una persona no vive de poco en este país. Yo creo que, poniendo á cada cosa el precio más módico, una criada gasta para su alimento diariamente más de dos francos.

Además de la comida, es necesario tener en cuenta la bebida, porque en Francia las criadas beben vino, y esta es una de las primeras condiciones que imponen en el ajuste. No se dirá que exagero el cálculo si pongo cinco francos mensuales de vino para la criada, como que ellas mismas lo evalúan en esta cantidad cuando prefieren comprarlo por su cuenta.

Entra el renglón del salario que no es flojo. Aquí la criada más idiota, mas incapaz, la que deja quemar el guisado, si hace la cocina, ó romper las costillas á un niño, si es niñera, pide treinta pesetas mensuales como quien no pide nada, y no es lo malo que las pidan, sino que haya que dárselas.

Contemos ahora el gasto de ropa limpia. Las criadas en Francia tienen buena y abundante ropa blanca, la cual consta de camisas, enaguas, delantales y gorros ó papalinas. Pero no está el mal en que tengan mucha ropa, sino en el carácter de esta gente dada naturalmente al abuso, educada en los preceptos del más refinado egoísmo. Por eso la que en su casa se contentaría con una muda, exige en casa ajena ocho por semana, y como las lavanderas son del mismo calibre, quiero decir de las que toman á todo prójimo por primo, resulta que el gasto de ropa limpia de una criada en este bendito país no baja de ocho francos mensuales. Esto equivale á decir que cuesta en París tanto el lavado como en Madrid el salario.

Por último hablarémos del artículo extraordinario, conocido con el nombre de *sisá*. ¿Pero qué digo *sisá*? Bien puede dársele el legítimo nombre de robo. Aquí una criada no se para en pelillos: quiere sisar en todo lo que compra y, sobre todo, sisar mucho. Yo he oído decir á algunas criadas que si no pudieran sisar más de lo que ganan, no servirían, y en efecto, no he conocido una que no saque de las sisas más provecho que del salario.

En fin, al sueldo que las criadas exigen á los amos hay que añadir la contribución que sacan en las tiendas de donde los amos se surten; pero como esto no lo pagan los amos, no quiero incluirlo en este cálculo. De lo dicho resulta que una criada en Francia cuesta por la parte más corta de veinte á veinticinco duros mensuales. Es decir por lo que aquí cuesta una criada, tiene un grande de España toda la servidumbre compuesta de cocinera y doncella, niñera y ama de llaves, cochero y lacayo. No conozco viña mayor en el mundo que la de una criada francesa, bajo el punto de vista de

la utilidad. Muchos letrados, muchos sabios hay en Europa que nunca han podido ahorrar tanto como una de estas criadas. Muchos jornaleros de diferentes oficios hay en España que echan los bofes á trabajar por ganar al día una peseta de la cual tiene que comer y pagar al casero, es decir por lo que aquí exige una triste criada sin saber nada, sin trabajar mucho, y después de tener asegurada la cama, la comida, la bebida y la lavandera. Se necesita ver esto para comprender toda la exageración que hay en las declamaciones de M. Eugenio Süe, pintando la suerte de la clase proletaria. ¿Dónde están esos seres tan desgraciados que no ganan para comer, pregunto yo? Que se pongan á servir y serán potentados en poco tiempo.

Pero si una criada tiene aquí la pretensión de ganar mucho, en revancha tiene la costumbre de trabajar poco, y de que la traten con todas las consideraciones debidas á su rango. ¡Vaya! Podía uno aquí dejar de emplear la fórmula del ¡si Vd. gusta!, después de haber pedido una cosa por favor! No encontraría una criada que le obedeciese, y creo que esto sería justo, porque el pagar á una persona para que preste servicios no me parece que autorice ese trato que tiende á humillarla en España. En este concepto me jacto de ser francés, ó cuando menos, afrancesado; y si bien se mira ¿qué ventajas pueden resultar de hablar á un criado con insolencia? Yo creo que cuando no lo exigiese el noble sentimiento de la fraternidad, la conveniencia propia debía aconsejar lo contrario. El mal trato de los amos hace que los criados se acostumbren á las palabras duras que acaban por despreciar, ó les aturde en términos de volverlos incapaces á fuerza del excesivo esmero con que quieren dar muestras de docilidad.

Yo tenía un amigo que recibió en su casa á un criado de lo más estúpido y distraído que Vds. pueden imaginarse. Figúrense Vds. si sería necio el tal mozo, que un día, viendo que su amo había escrito una carta, en la cual no se había puesto aun el sobre, la cogió y la echó en el buzón del correo. Cuando el amo preguntó por la carta, el criado contó lo que había hecho con ella.

— Pero hombre, dijo el amo, ¿porqué has echado en el buzón una carta que no tenía el sobre?

— Señor, contestó el criado, ¿y qué sabía yo si Vd. quería ó no que se supiese á quien iba la carta dirigida?

En otra ocasión fué á un recado de la mayor urgencia, y en lugar de volver pronto con la contestación, se puso á jugar con unos amigos que le entretuvieron más de tres horas. Cuando se vió libre pensó que no debía volver á presentarse delante de su amo, y tenía razón; pero de todos modos tenía que ir á recoger su ropa, y se decidió á volver á la casa con este objeto, seguro de que no necesitaría despedirse para que le echasen de allí con cajas destempladas. Pero ¡singular sorpresa! El amo luego que le vió le alargó media onza, diciendo:

— Toma para beber.

Y esta extraña reprensión produjo tal efecto en el criado, que despertó sus sentidos haciéndole más inteligente, y desarrolló el sentimiento de su conciencia convirtiéndole en un modelo de la clase. Así quisiera yo que fuesen todos los amos, cierto de que abundarían mas los buenos criados, y cuando digo esto me refiero á mi país, porque en Francia, gracias á las extravagancias de los socialistas, los criados no se dejan vencer por los buenos modales, y para traspasar un poco el nivel predicado por los utopistas, están soñando con llegar á ser amos de sus amos. Verdad es que, como antes indiqué, los criados en este país obran como obran en virtud de ese egoísmo característico de la sociedad en que viven. También es cierto que en España los criados lo mismo que los amos son sensibles á todo impulso de hidalguía ó generosidad; pero lo que puede mirarse como evidente es que el dicho célebre de madama Stael « si quereis conocer á los hombres de una nación, estudiad á sus mujeres, » puede parodiarse de esta manera para encerrar una sentencia más profunda, aunque no menos exacta: « Si quereis que os diga como son los amos de un país, habladme de sus criados. »

J. M. VILLER GAS.

Revista de París.

Los periódicos judiciales de la última semana nos han traído los detalles de una causa fallada recientemente por el tribunal de Valenciennes que, por desgracia, es una prueba más del atraso y las supersticiones que reinan todavía entre la gente del campo. Un astuto aldeano de Marquette, en las cercanías de Bouchain, poco aficionado al trabajo, pero en cambio muy nombrado por su afición al vicio y á la holganza, ejercía á sabiendas la profesión de brujo, y consta que muchos labradores le habían entregado dinero para que curase á sus vacas poseídas del demonio, ó para que sirviese de mediador entre ellos y el espíritu maligno.

Instigados por este Mefistófeles de paño pardo, dos campesinos de aquella comarca firmaron con el demonio los pactos siguientes, que fueron leídos en el tribunal:

PRIMER PACTO CON EL DIABLO.]

« En el año de mil ochocientos cincuenta y tres, á cuatro de octubre, firmo un pacto contigo, Satanás, por la suma de ciento diez mil francos en oro y en plata, oro y plata de Francia, metálico bueno y válido para disponer de él á mi gusto. Hago este pacto contigo bajo la condición de que no me causarás ningún daño en mi cuerpo mientras viva, y en cambio á mi muerte te llevarás mi alma.

» Firmado: ANDRÉS JOSÉ D... »

SEGUNDO PACTO CON EL DIABLO.

« En el año de mil ochocientos cincuenta y tres, á tres de octubre, firmo un pacto contigo, Satanás, por la suma de trescientos mil francos, la mitad en oro y la otra mitad en monedas de plata de cinco francos, oro y plata de Francia, metálico bueno y válido para disponer de él como se me antoje. Te pido que me des la facultad de causar enfermedades á quien bueno me parezca, y de poder curarlas yo mismo; que ningún sér humano pueda curarlas ni tener conocimiento para sanar otros males, y que yo pueda siempre curar á todo enfermo que yo quiera. Hago este pacto contigo bajo la condición de que no me causarás ningún daño en mi cuerpo, y si me concedes lo que te pido, te doy mi alma despues de mi muerte, y aquí tienes mi firma, pero te habrás de aparecer á mí cuantas veces te llame para cumplir mis voluntades, y mi deseo es que me hagas ganar á todos los juegos, cuando bueno me parezca.

» Firmado: FELIPE JOSÉ R... »

Los jueces no estuvieron severos con el brujo, pues le condenaron únicamente á un año de encierro y 50 francos de multa; pero tambien debemos advertir que admitieron como circunstancia atenuante el estado de embriaguez en que se presentó á la audiencia.

Mucho se ha hablado esta semana de una pequeña anécdota cuya gracia consiste principalmente en la calidad del personaje que desempeña en ella el papel de protagonista.

Este personaje que, segun dicen, es un grave funcionario que ocupa desde hace mucho tiempo un empleo elevado en la magistratura, habia ido por razones de salud á tomar unos cuantos baños en Bélgica con su mujer, sin esperar á la época de las vacaciones, y despues de haber pasado un par de semanas en ese hermoso país, los dos esposos volvian por el camino de hierro, el uno tranquilo como un hombre cuya conciencia se halla pura de toda mancha, la otra dominada por la secreta agitación que sigue á una imprudencia y que precede al peligro.

Acercábanse ya de la frontera francesa, cuando la viajera, sin poder contener mas tiempo su emoción, se inclina al oído de su marido y le dice:

— Mira, he comprado unos encajes que traigo en mi saco de noche, y es preciso ver como pasan.

— ¿Traes contrabando? exclama el marido con una voz ahogada, mujer, ¿qué has hecho?

— Sí, son unos encajes de Malinas muy hermosos y que valen mucho dinero; vas á ocultarlos para que los guardas no los cojan.

— Pero mujer...

— Y pronto, porque ya estamos en la estación de la aduana; despáchate á esconderlos.

— Amiga mía, eso es imposible.

— Al contrario, es muy fácil; no tienes mas que meterlos en el sombrero, todos caben.

— Pero no sabes la clase á que pertenezco, el rango que ocupó...

— Lo que sé es que no debemos perder un instante, y que estos encajes me han costado trescientos pesos.

Durante este corto diálogo, el tren marchaba con una rapidez espantosa, y ya se oía la señal anunciando que se llegaba á la estación de la aduana. Ya puede figurarse el lector cual no sería la turbación del grave magistrado, acostumbrado á meditar todas las cosas con una prudente lentitud, á pesar detenidamente las menores decisiones, y que de súbito se encontraba en un apuro tan crítico y tan urgente.

Perdiendo su presencia de ánimo y vencido por la situación, dejó que le acomodaran los fatales encajes en su sombrero, que se caló luego hasta los ojos con un ademán de desolación y de espanto.

Los aduaneros hicieron bajar á todo el mundo á una sala larga, para proceder á la operación del registro de los equipajes y de las personas. El magistrado desplegó el pasaporte que le pedían, tratando de disimular su inquietud y de poner buena cara. Al punto que le conocieron, los agentes de la autoridad se inclinaron respetuosamente en su presencia, y los aduaneros, por un miramiento hácia su rango, no quisieron registrar sus equipajes ni abrir sus cofres, y ménos se habrían atrevido á poner su mano escudriñadora sobre su persona.

Jamás como en esta ocasión hubo de conocer el magistrado lo que valia su mérito; y si un secreto remordimiento penetró en su alma, á lo ménos respiró con toda libertad pensando que el peligro se desvanecía, y que el delito que habia cometido contra su voluntad iba á quedar ignorado.

Entretanto, y mientras registraban escrupulosamente á los demás viajeros, el cabo de la aduana y el oficial que mandaba la gendarmería de la localidad supieron que estaba allí un personaje de alta consideración, y se apresuraron á presentarle sus respetos. El magistrado respondió á sus saludos quitándose el sombrero con presteza; ¿qué ménos podía hacer? Pero ¡ay! en este movimiento de cortesía tan natural como repentino, habia olvidado el contrabando, y apenas se levantó dos dedos el sombrero, cuando los encajes cayendo á montones inundaron de la cabeza á los pies al grave magistrado.

¡Fatal momento! ¿Cómo es posible pintar aquí la confusión del culpable, la desesperación de la esposa, la alegría de los espectadores, y el profundo pesar de los gendarmes y aduaneros? El delito estaba claro, y en presencia de los muchos testigos de esta escena, era indispensable que siguiera su curso la justicia.

Los encajes fueron decomisados, y el jefe de la aduana, aunque con el mayor dolor del mundo, extendió su declaración escrita, y la entregó al oficial de los gendarmes. Despues los viajeros se volvieron á sus asientos respectivos, el tren siguió su marcha, y al día siguiente se reía en París de la aventura, como se habia reído en Bélgica.

Los parisienses se hallan hace dos años con una amenaza suspendida sobre sus cabezas, acaso tan terrible como la famosa espada de Damocles. Mas de una vez hemos tenido ocasión de

señalar en estas revistas páginas sueltas de la historia contemporánea, el peligro que las demoliciones de París, que se emprendieron y se continúan en grande escala, ofrecen á la mayoría de los habitantes. Este peligro consiste simplemente en que los caseros elevan á tal punto sus pretensiones, que hay personas que se encuentran seriamente en vísperas de tenerse que alojar en tiendas de campaña. Las exigencias de los que tienen la suerte de poseer una casa en París, parecerían increíbles á cualquiera que no las viera y las palpara.

Un amigo nuestro, violinista de profesion, y que ha pagado siempre con la mayor exactitud á su casero, á pesar de los aumentos sucesivos que se ha visto obligado á sufrir en la suma de sus alquileres, recibió la orden de mudarse cuanto mas pronto; pues es de advertir aquí que los propietarios parisienses tienen derecho para despedir á sus inquilinos, sin tener que dar en justicia ninguna razon; la ley protege al rico contra el pobre, al revés de lo que sucede en otros países, como verbigracia, en España, donde el inquilino, pagando corrientemente sus alquileres, envía á pasear á su propietario mientras se tiene en pié la casa.

Sea como quiera, nuestro amigo violinista estaba muy á gusto en su habitación, y deseando no dejarla, ofreció á su terrible casero un nuevo aumento de precio, pero nada pudo vencer la obstinación del propietario. ¿Qué hacer en tal apuro? He aquí lo que imaginó nuestro amigo para quedarse; escribió en gruesos caracteres un cartelillo, y le pegó con cuatro obleas en el espejo de la sala; su contenido era el siguiente:

AVISO IMPORTANTE.

A MIS INFORTUNADOS SUCESORES.

«Este cuarto es oscuro, incómodo, húmedo é insalubre. En el invierno es preciso encender luz á medio día, y las personas se mueren aquí como moscas.

«Antes de venir yo, habian perecido ya siete personas en ménos de dos años; yo lo ignoraba, pero ahora que lo sé, me marchó, y buenas noches.

«NOTA. —La casa amenaza ruina; está edificada con madera y yeso, y una chispa bastaría para hacerla arder en ménos de lo que se tarda en rezar un credo. Por la noche se oyen aquí chasquidos que dan miedo; el casero es un judío; el inquilino de arriba es un maestro de baile, y en el patio hay un Calderero. Las puertas y las ventanas no cierran, y por último, las alcobas están pobladas de unos insectos cuyo nombre se adivinará fácilmente.

» ¡Ay del que venga! »

Este horrible pasquin produjo todo el efecto repulsivo que el violinista se prometía. Los que venian á ver el cuarto huían á toda prisa; nuestro amigo no tuvo sucesor, y el casero hubo de conformarse con su inquilino, que le obligó á firmar una escritura de arrendamiento por tres años, con facultad de prorrogarla, si bueno le parece.

Vamos á terminar con una anécdota que un periódico de París da por fidedigna:

Un rico comerciante de París, notable por sus especulaciones en la Bolsa, se habia declarado acérrimo admirador de una actriz hermosa y jóven que ocupa una posición brillante en el teatro y que tiene fama entre los que la conocen de ser mujer de cabeza. El comerciante se habia prendado, sobre todo, de su talento, y acudía á las reuniones de la actriz, como á una escuela donde se prometía formar su inteligencia entorpecida con los negocios de dinero. Cada dicho que oía, cada chiste oportuno que salía de los graciosos labios de la cómica, era repetido á la primera ocasión por el comerciante, celoso de probar á sus amigos que con muy corta diferencia corrían parejas sus recursos intelectuales y pecuniarios. El discípulo tomaba sus lecciones asiduamente; era el primer amigo de la casa, y habia adquirido el derecho de mostrarse generoso con su profesora, derecho que las mujeres conceden con facilidad á todo el que sabe disimular su munificencia, escogiendo bien y regalando cortesmente. En una palabra, le permitían que se acordara á veces de que era millonario, y este era uno de sus principales privilegios.

Las ocasiones, por cierto, no faltaban, y dias pasados llegó, entre otras, la del cumpleaños de la actriz; este día el comerciante se presentó con aire grave y solemne, y despues de un corto preámbulo sobre los peligros y miserias de la prodigalidad, entró en materia del modo siguiente:

— Vd. no piensa en el porvenir, amiga mía, pero por fortuna yo pienso por Vd. La juventud, la hermosura, las fiestas y los aplausos no duran siempre, y cuando llegue la hora del retiro, se hallará Vd. en una posición terrible. Todo este lujo, los aderezos, las joyas, todo eso apenas bastará para pagar las deudas.

La moral era un poco triste para aquel día, pero la jóven pensando que el filosófico discurso tendria un fin mas alegre, respondió con una graciosa humildad:

— Es verdad lo que Vd. dice; nunca ha estado Vd. tan razonable como en este momento.

— Por ese motivo, no he querido aumentar hoy ese lujo inútil con alguna fruslería, y he pensado en lo sólido.

La actriz se sonrió, al ver que el comerciante sacó de su bolsillo una cartera.

— Vamos, ¿qué me trae Vd.? le preguntó con una curiosidad inquieta, cuya verdadera intención no penetró el banquero.

— No hay que alarmarse, repuso este; me hallo muy léjos de querer dar á Vd. algunos billetes de banco; es otra cosa.

Y el banquero dejó ver un papel plegado en cuatro dobleces.

— ¿Un título de renta? preguntó la actriz.

— Mejor que eso.

— ¡Mejor aun!

— Sí, he querido asegurar á Vd. un abrigo.

— ¿Entonces es un título de propiedad?

— Seguramente.

— ¿Y dónde están situadas mis posesiones, en París ó en el campo?

— Me explicaré: me acuerdo haber visto en mi juventud á una actriz brillante y adorada, llena de riquezas, y que al fin murió en la miseria, tanto que la enterraron en la zanja de los pobres. Yo he querido que Vd. no tenga un fin tan miserable, y bajo este concepto he comprado para Vd. un terreno en el cementerio del Père-Lachaise, y aquí en este papel está la concesión perpetua.

La actriz se quedó estupefacta despues de haber visto el papel que, efectivamente, era lo que decia el banquero.

— Caballero, exclamó despues de una pausa, si ha querido Vd. burlarse de mí, le diré que ha escogido una broma muy lúgubre.

Pero nada era mas serio, lo que visto por la actriz se puso enfadada como una furia, y el banquero, enfadado tambien por las gracias que merecia aquel regalo hecho con las mejores intenciones del mundo, rompió completamente con la cómica.

MARIANO URRABIETA.

El lago Blanco (Balta-Alba.)

Traducido del moldavo.

I.

DESCUBRIMIENTO DE LA VALAQUIA.

He aquí lo que contaba en 1847, en uno de sus salones de Jassi, capital de la Moldavia, el señor comandante de B*** que viajaba entónces por Oriente:

— Señoras, principié dirigiéndome á un grupo de jóvenes de la alta aristocracia moldava, vestidas y adornadas con una elegancia parisiense; deseais saber la impresión que ha producido en mi vuestro país, y gustoso accedo á vuestro deseo; pero ¡cuidado! pues cargo con la obligación de contaros todo un viaje; y mi relación podrá tal vez pareceros algo larga.

Una graciosa sonrisa acogió el exordio del viajero. El conde de B*** se inclinó ligeramente ante su auditorio, y despues de haber recurrido á la bandeja cargada de dulces y de agua de nieve, á la moda moldo-valaca, tomó la palabra en estos términos:

— Podria principiar por declararos que en las condiciones de bienestar y de lujo en que me encuentro, podria creerme en uno de los mejores salones de París; pero como esta confesión al principio de mi discurso parecería quizá una lisonja dicha con ánimo de predisponer en mi favor á mi amable auditorio, prefiero comenzar por suplicaros que os transportéis, mediante el pensamiento, á bordo del vapor austriaco que bajaba el Danubio, el 5 de julio de este año, donde se hallaba entre un crecido número de pasajeros de todas naciones, austriacos, húngaros, serbos, turcos, griegos, ingleses, franceses, españoles é italianos, el que tiene la honra de hablaros en este momento.

« Salido de París con ánimo de viajar por Oriente, llegué á Viena, y de allí me embarqué en uno de los vapores del Lloyd austriaco que van por el Danubio y el mar Negro hasta Constantinopla. Mas allá de Presburgo costeamos las vastas llanuras de la Hungría; las poblaciones que desfilaban á mi vista tenían nombres conocidos, eran Pesth, Mohacs, Peterwardein, Semlin y Belgrado. De Semlin reconocí como pude los sitios hasta Orsova, cerca de la frontera turca; pero una vez que pasé los torbellinos del Danubio que creo llamais Puertas de hierro, mis conocimientos geográficos principiaron á embrollarse de un modo terrible. Entré en esas comarcas que, por lo ménos, me eran tan desconocidas como los islotes de la Oceania, y oía resonar en mis oídos unos nombres de pueblos que jamás me habia mentado mi maestro de geografía.

« Los viajeros se mostraban unas veces la Serbia, otras la Bulgaria, otras la Valaquia; pronunciaban los nombres de Widin, Kalafat, Turnu, Nicopolis, Giurgewo, Ruchtchuk, Bukarest y cien otros, y mis ojos seguian maquinalmente sus indicaciones de babor á estribor y viceversa.

« Bukarest, Bukara, Bukaria, decia yo, creo haber oído hablar de la Bukaria como de un país salvaje, situado no sé donde: ¿será quizá ese vasto país que se extiende á mi izquierda y que se pierde en lontananza con las inmensas estepas?

« Alegre con mi descubrimiento, tomé mi anteojo y exploré las llanuras de la orilla izquierda del Danubio, con la esperanza de distinguir alguna cuadrilla de indígenas mas ó ménos antropófagos. Mi estrella me guió maravillosamente, haciéndome descubrir un pequeño campamento de hombres con el rostro bronceado y vestidos de un modo singular; me figuré que estaba viendo una verdadera banda de salvajes.

« Mas adelante supe que en efecto eran tziganis, ó gitanos errantes; el aspecto de sus tiendas desgarradas por el viento y ennegrecidas por el humo, sus muchachos retozando al sol como diablillos, sus agudos gritos, que llegaban hasta nuestro buque, todo aquel compuesto de cuerpos desnudos, de ademanes incoherentes y de voces chillonas contribuyeron á confirmar mi error, de modo que cuando el barco se detuvo en Braila, desembarqué con la firme convicción de que ponía los pies en una tierra poblada de caribes, de antropófagos y de idolatras.

« Sin embargo la ciudad me pareció mas civilizada de lo que me habria podido imaginar. Las calles aunque mal, estaban empedradas, las casas respiraban salubridad y aseo, el puerto ofrecía un aspecto animado,

y la mayor parte de las personas que encontraba iban vestidas á la europea. Tenia motivos pues para modificar mi opinion sobre aquel país, pero tal es la temeridad de los errores humanos, que en lugar de rechazar mi primera impresion, preferí entregarme á una serie de razonamientos sumamente lógicos para probarme á mí mismo que Braila no era otra cosa que un establecimiento europeo, creado por un puñado de aventureros atrevidos sobre la costa meridional de esa comarca, á

imitacion de los que han fundado los ingleses en los confines de la *Tierra de fuego*.

» Habiendo resuelto así mi problema, fui á visitar al cónsul de Francia, que me recibió con la mayor afabilidad, y despues de haberle dado las últimas noticias de nuestro país, le pregunté á mi vez si habitaba en la Valaquia hacia mucho tiempo.

— No, no, respondió; solo hace cuatro meses.

— Pues basta, repuse yo, para lo que deseo; ¿po-

dria decirme si los naturales de este país son antropo...?

» Afortunadamente para mi amor propio, ántes de que hubiera terminado mi frase, entraron en el salon muchas personas, y la palabra final quedó cortada. Los recién venidos eran comerciantes de Braila, que hablaban muchas lenguas, como todas las personas acomodadas de ese país; entablaron una conversacion en francés sobre el movimiento del puerto, sobre el número de buques llegados del mar Negro, sobre los numerosos



Carutza de posta valaca.

obstáculos que presentaba el paso de Sulina, en las embocaduras del Danubio, y por último llegaron á la noticia del día, la maravilla de las maravillas: hablaron de *Balta-Alba*!

» Segun oí decir, Balta-Alba era un vasto lago cuyas milagrosas aguas tenian la facultad de dar vista á los ciegos de nacimiento, el oído á los sordos, la palabra á los mudos, y el uso de sus miembros á los paralíticos, curando tambien todas las enfermedades agudas ó crónicas de cualquier género que fuesen. Bastaba sumergirse en sus aguas para salir brillante de salud, de juventud y aun de gracia. Estas palabras, aunque visiblemente exageradas, me dieron al punto la idea de visitar aquel manantial milagroso.

» El cónsul, á quien comuniqué mi proyecto, se encargó de facilitarme los medios de transporte, y una hora despues, un criado albanés vino á decirme que el carruaje estaba pronto.

— ¿Es una silla de posta? le pregunté.

— Es un carruaje algo mejor, me respondió el cónsul sonriendo, una *carutza* de posta, la *carruca* de los antiguos romanos; vais á viajar como un senador del tiempo de César.

» Bajamos al patio... ¡triste desengaño! Mi silla de posta, mi carruca romana era un simple cajon de madera, puesto de cualquier modo sobre cuatro ruedas desiguales, y con un tiro de cuatro animales antidiluvianos, medio perros de caza y medio caballos. Ni en el armazon de aquel vehículo primitivo ni en los cascotes de aquellos rocinantes, brillaba un solo pedazo de hierro en forma de clavo ó de resorte; ninguna correa se veia tampoco en los arreos, todo era cuerdas y tablas, cuer-

das medio podridas y llenas de nudos, y tablas mal juntas que ofrecian por todas partes aberturas y resquicios.

» El postillon montado en el caballo de tronco de la izquierda, llevaba sobre una melena virgen de pelo negro, un gorro de piel que le caia sobre la oreja; su traje consistia en una camisa bordada sobre los hombros, y un ancho pantalon de paño azul cuyas puntas se

— Gracias, le respondí estrechándosela, y ligero como un muchacho, salté sobre mi maleta que ocupaba las tres cuartas partes de la carutza. El postillon se volvió en su silla para decirme: *Sostenerse bien, cabañero*, y lanzando un grito desentonado, salió ligero como una flecha. Este movimiento fué tan brusco, que la carutza pareció hundirse como un caballo que se escapa por bajo de su ginete, y yo rodé en el polvo, despues de haber dado en el aire una voltereta de titiritero.

— Mal principio, dije para mí.

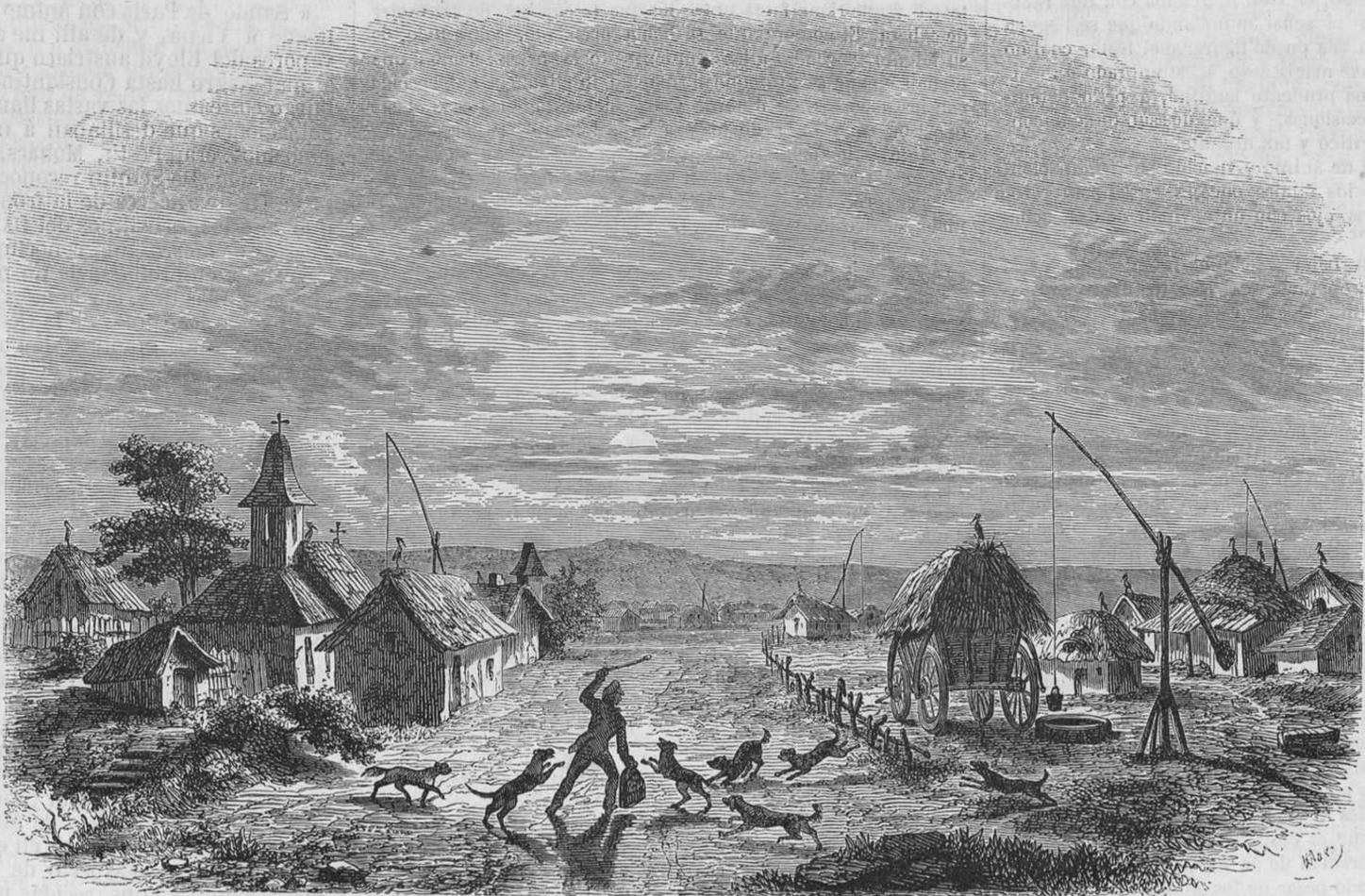
» Sin embargo, como no me había hecho daño, me eché á reir de mi desgracia, y saltando segunda vez á la carutza, y agarrándome á ella con todas mis fuerzas, dí orden al postillon de que marchara.

» El postillon dió un latigazo en el aire, y gritando como la otra vez, desaparecimos, carutza, caballos, postillon y viajero, en una nube de polvo.

II.

VIAJE POR LAS ESTEPPAS.

» Entónces principié para mí uno de esos viajes fantásticos que se hacen en sueños, del que me acordaré toda mi vida. Al salir de Braila habíamos entrado en



La aldea de Balta-Alba.

perdian dentro de sus grandes botas. Su pecho y sus brazos estaban desnudos y curtidos por el sol, así como su fisonomía; pero bajo esa ligera capa de barniz oscuro, se distinguian unos rasgos regulares y animados por el brillo de dos ojos negros llenos de ardor y de malicia.

» El rostro de mi guia recordaba completamente una estatua romana.

— Buen viaje, me dijo el cónsul tendiéndome la mano.

las inmensas estepas de la grande Valaquia. Era la hora del crepúsculo; el sol declinando en el fondo encendido del horizonte, habia cubierto aquellas vastas soledades con un velo de oro fluido que se derretia por grados en colores cada vez mas oscuros; el aire resonaba con los chirridos monotonos de las cigarras que saltaban sobre la yerba, y con el grito lejano de las aves viajeras, que pasaban á bandadas sobre mi cabeza. A este grito de un carácter vago y melancólico, alzé los

jos, y descubrí sobre el azul del cielo largos triángulos formados por el vuelo uniforme de las grullas.

» No podría expresar la impresión que causaron en mí aquellas caravanas aéreas que atravesaban los desiertos de lo infinito; mi pensamiento las seguía en su correría vagabunda, y se paraba con ellas en las playas encantadas de esas regiones cuyos nombres recuerdan las maravillas de las *Mil y una noches*. Se dirigían hácia el Oriente con toda la rapidez de sus alas, en tanto que yo, viajero como ellas, corría hácia el Poniente con toda la velocidad de mi carruaje bárbaro, y nos cruzábamos así en nuestro camino á distancias incommensurables. ¿No había en esto algo de misterioso, que debía llamar la atención de una imaginación como la mía, tan dada á las ilusiones? Por eso mis ojos no cesaron de estudiar las diversas figuras de geometría trazadas en la bóveda celeste por las evoluciones de las grullas hasta que las siluetas de estas aves se volvieron como puntitos negros en el espacio.

» Poco despues principiaron á salir las estrellas una por una, y de repente el cielo se cubrió de diamantes luminosos, en la inmensa extensión que abrazaban mis ojos. La aparición de los astros cambió el curso de mis pensamientos, y por un fenómeno que no podría explicar, hizo nacer en mí ciertas inspiraciones poéticas. Mi cerebro se transformó repentinamente en un vasto palenque donde muchas frases armónicas se cruzaban buscando la rima; estas frases, muy sentimentales, se formaban en versos de ocho, de diez y de doce piés, y acababan por alinearse unas detrás de otras, como las

columnas de un batallón de infantería. ¡Dios me perdona! estuve á punto de dar á luz una elegía, cuando sentí de repente un fuerte sacudimiento, y en ménos de un segundo me encontré tendido sobre la yerba de la pradera; adiós la poesía, tocaba á la realidad. Se había roto una rueda de mi carutza.

» Al bajar una pequeña cuesta, el caballo del postillon, que iba á galope como los otros, se había caído al suelo, y la rueda delantera del lado correspondiente, al encontrar aquel obstáculo se hizo mil añicos. En el mismo instante voló la carutza de lado, arrojándome á lo lejos como una pelota, y mientras rodaba yo sobre la yerba en compañía de mi maleta, el carruaje seguía su camino con tres caballos y tres ruedas.

» El postillon, pronto como un relámpago, se agarró á las crines del caballo de la derecha, y á pesar de la noche y de los movimientos desiguales del animal, logró por fin detener á sus salvajes cuadrúpedos.

» Al cabo de algunos minutos volvió buscando las tres cosas que había perdido, á saber: su caballo, su rueda y su viajero. Ahora bien, de estas tres cosas, solo la última estaba intacta; en cuanto á las dos primeras se hallaban imposibilitadas de servir mas tiempo; el desgraciado animal yacía desvencijado en medio del camino, y la rueda se hallaba estropeada.

» ¿Qué hacer en tan triste ocurrencia? ¿cómo continuar el viaje? Un hombre civilizado se habría hallado en un terrible apuro en medio de aquellas llanuras desiertas, y habría tenido que andar muchos dias ántes de encontrar un hombre que pudiera gobernar su car-

ruaje, pero mi postillon supo salir del paso. Primeramente se puso á silbar de un modo significativo, despues echó unos cuantos juramentos, y libertándose así de la ira que le agitaba, se consagró á reparar el desastre.

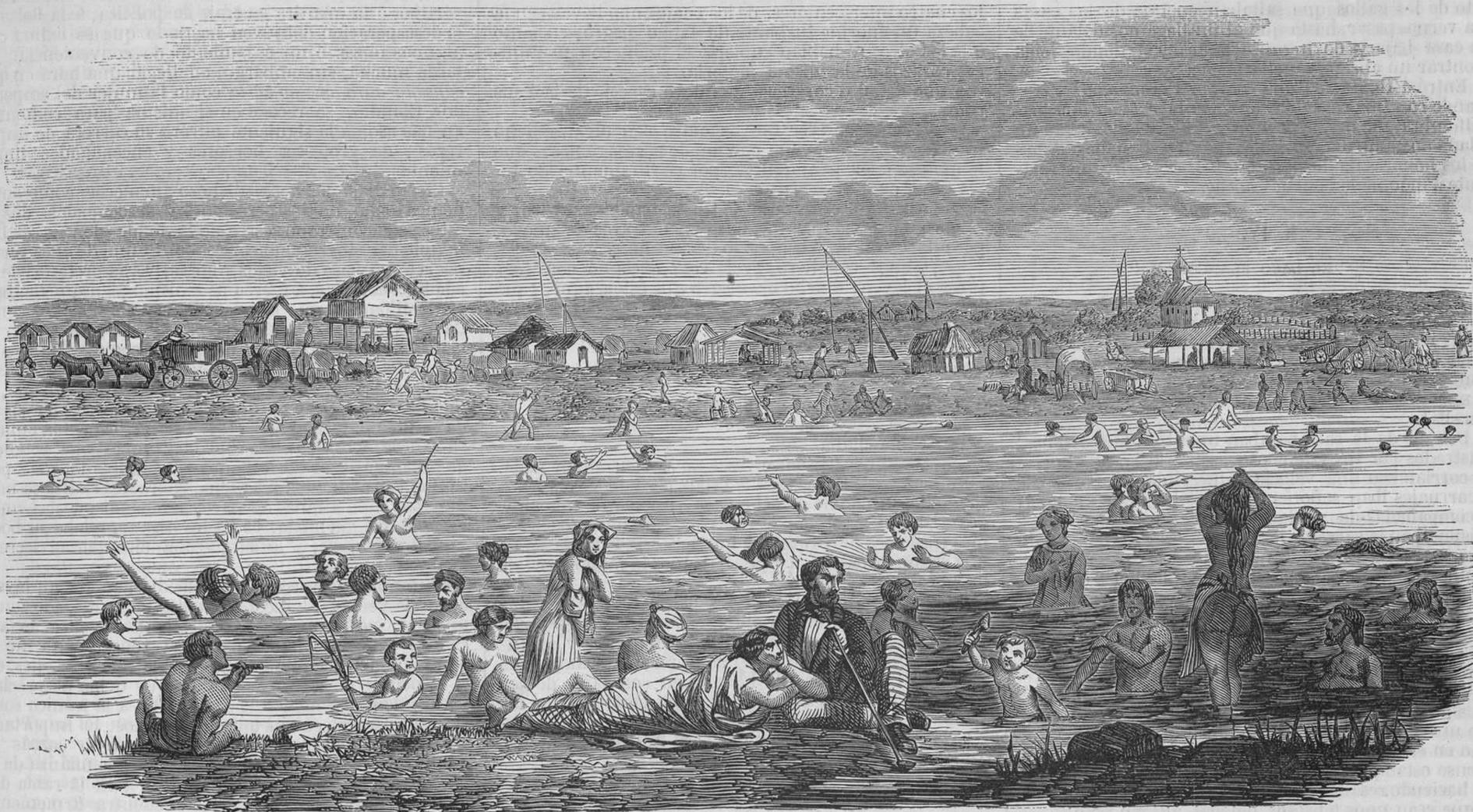
» Principió por colocar la rueda en su puesto, y como era imposible que diera vueltas, el postillon la sujetó sólidamente al cuerpo de la carutza con su larga faja de lana roja, para que á lo ménos se deslizara por el camino, mientras continuaban su movimiento de rotación sus compañeras.

» Terminada esta operación, se acercó al desgraciado caballo agonizante, le quitó la silla y las riendas, y las puso á la grupa del caballo de la derecha, del animal cuyas crines fueron quizá su salvación durante la catástrofe. En seguida mi industrioso salvaje sacó de la caña de sus anchas botas una pipa pequeña, la llenó de un tabaco rojizo, la encendió, y aprovechándonos de la claridad de la luna que se había levantado en el horizonte como un faro, proseguimos nuestra caminata fantástica.

» En un instante dejamos bien lejos detrás de nosotros el pobre caballo estropeado, cuyos relinchos fúnebres resonaban en mis oídos como otras tantas quejas:

» Dos horas despues distinguí en lontananza una superficie brillante como una inmensa bandeja de plata; era el lago de Balta-Alba alumbrado por la luna; yo lancé un suspiro de satisfacción, y dije para mí:

— ¡He llegado al término de mis aventuras! al cabo voy á entrar en un pueblo curioso, en un Baden orien-



El lago de Balta-Alba.

tal, ¡ojalá encuentre una buena comida en una buena fonda para descansar de tantos trabajos!

» Efectivamente, los movimientos de la carutza me habían dislocado el cuerpo; mi estómago me pedía alimento, y principiaba á perder la cabeza en aquel espantoso carruaje.

» Seguimos durante un cuarto de hora las orillas del lago, y por fin el postillon detuvo sus caballos jadeantes, articulando muchas veces *ha, ho, ha, ho*, que era sin duda el grito de parada.

III.

LA ALDEA DE BALTA.

» Hemos llegado, pero no sé donde, pues mis ojos buscaban en vano un pueblo cualquiera, sin descubrir otra cosa que un montón de casas pequeñas, con cercados de mimbres, cubiertas de paja, y coronadas de nidos de cigüeñas. La encantadora ciudad creada por mi imaginación, quedaba reducida á una aldea de malas apariencias. No obstante, debo confesar que todas esas casas esparcidas sin orden en la llanura, y los muchos pozos de forma bíblica que tenían á los lados, se destacaban en masas y en líneas negras, sobre un cielo estrellado, y formaban un cuadro pintoresco digno del pincel de un artista; pero como yo no era mas que un simple viajero que me hallaba rendido de cansancio y de hambre, no podía apreciar la hermosura del cuadro, y habría preferido mil veces un pedazo de carne y una

buena cama. A pesar de esto, un incidente particular hubo de llamar mi atención; de repente ví agitarse sobre las casas nubes de cigüeñas; sus largos cuellos se doblegaron hácia atrás, y sus picos ejecutaron un castañeteo formidable, que se repitió á lo lejos en el silencio de las soledades. Era un ruido parecido al que producirían docientas varillas pegando acompasadas sobre tablas de madera bien seca; ¿me saludaban á mí las cigüeñas, ó era aquello una señal misteriosa? Me incliné hácia la última suposición, porque, casi en el mismo instante, me ví rodeado de una banda furiosa de perros de pelo rojizo.

» A este ataque tan inesperado, mi primera idea fué retirarme y buscar un refugio en la carutza; pero ¡ay! por desgracia había desaparecido; el postillon me había dejado con mi maleta á la entrada de la aldea sin ocuparse mas de mí persona. Hallábame pues enteramente solo en un país desconocido, en medio de la noche, y en presencia de unos animales feroces que parecían resueltos á acabar conmigo.

» Pero no estaba para reflexiones en aquel momento; armado con un grueso bastón de puño de plomo, empecé á pegar con él á diestro y siniestro, de lo que resultó que mis agresores se pusieron mas furiosos con mi resistencia, y aunque ya dos ó tres enemigos estaban fuera de combate, no sé lo que habría sido de mí cuando oí un ruido lejano de coches y de caballos que se acercaban rápidamente, y un instante despues estuve á punto de ser cogido entre los caballos y las ruedas de un magnífico carruaje, que iba acompañado por un ginete; todos los perros echaron á correr detrás, y yo, francamente, hice lo mismo que los perros, con la dife-

rencia de que yo corría gritando: ¡*Deteneos! deteneos!* pues al paso, había podido oír una voz de señora que decía en francés:

— ¡Ah! ¡es magnífico, admirable!

» A fuerza de gritar logré que me oyeran; el ginete se destacó de la portezuela del carruaje, y volvió su caballo hácia mí preguntando en alta voz:

— ¿Quién llama?

— Soy yo, le contesté, un compatriota.

— ¿Dónde estais? repuso el ginete que me buscaba con los ojos en la oscuridad.

— Por aquí, por aquí, le dije, esperadme, que ya llevo.

» Y en efecto llegué junto á él sin aliento, abatido, y en un estado imposible de describir.

— ¿Quién sois, caballero, y qué deseais? me preguntó el desconocido, atónito con mi aparición.

— Caballero, le contesté, reboso de júbilo al encontrarme en este horrible desierto con un compatriota, un francés...

— Os engañais, caballero, no tengo la honra de ser francés, pero me alegraré poderos ser útil en algo; ¿qué puedo hacer por vos?

— Quien quiera que seais, os suplico que me hagais el favor de indicarme una buena fonda.

— ¡Una fonda! exclamó el ginete con sorpresa; pedís una cosa imposible, caballero, pero si fuerais hombre de contentaros con una casa de aldeano...

— Todo cuanto querais, señor mio, con tal de que no corra el riesgo de pasar la noche bajo la bóveda del cielo, y de ser devorado por los perros de este país endemoniado.

» El ginete hizo con sus dos manos una bocina, y lanzó en las tinieblas una palabra cabalística: *Strager* (guarda.) Y digo cabalística, porque en el mismo instante ví destacarse de la sombra de una casa, una forma humana que respondió al llamamiento con un *Cine i acolo?* (¿quién va ahí?) pronunciado con una voz lúgubre y ronca.

» El ginete se aproximó á esta vision fantástica para dar algunas órdenes, y luego volviendo á mí, me dijo con la mayor amabilidad.

— Caballero, he mandado á este guarda nocturno que os busque un abrigo lo mejor posible; seguidle, pero os encargo que no os hagais el dificultoso; el hermoso país de Francia está á setecientas leguas de Balta-Alba.

» Di un millón de gracias á mi salvador, el que, por su parte, me contestó con un saludo y desapareció como un fantasma en la sombría lontananza de las llanuras.

» Héme aquí ya de nuevo en una situación poco agradable; solo en presencia de un personaje, cuyo aspecto no me inspiraba mucha confianza. Su estatura gigantesca, sus vestidos de pieles de carnero, y sobre todo, la enorme maza en que se apoyaba, le daban un aire tan terrible, que instintivamente mis manos se fueron á los bolsillos de mi paletó en busca de un par de pistolas cargadas hasta arriba.

» Sin embargo, el coloso se apoderó de mi maleta y echó á andar delante de mí, despues de haberme dicho que le siguiera. Yo le seguí á cierta distancia entre dos hileras de cercados detrás de los cuales ladraban con furor muchos perros. Así anduvimos durante algunos minutos, acompañados de los susodichos ladridos y del canto de los gallos que saltaban encima de las casas para vernos pasar, hasta que al fin llegamos delante de una casa baja y de lúgubre apariencia, donde debía encontrar un abrigo aquella noche.

» Entré á tientas en una completa oscuridad, y tropezando con una cama de tablas cubierta con una toaca alfombra, me arrojé encima vestido y todo, como un soldado en campaña. Mi guía, despues de haberme hecho los honores de la hospitalidad, se retiró discretamente dándome las buenas noches.

IV.

EL LAGO BLANCO.

» A la mañana siguiente á eso de las nueve, me desperté sobresaltado por un ruido espantoso de gritos desgarradores; campanillazos, relinchos, ladrillos y ruedas de carruajes. Creí que habia una invasion de enemigos en la aldea, y me precipité fuera del cuarto con mis pistolas, pero ¡grande fué la sorpresa que me esperaba!

» Delante de la casa pasaban unos treinta carruajes, arrastrados por tiros de cuatro, seis y ocho caballos, y que corrian con una velocidad increíble. Dentro de estos carruajes iban señoras con ricos trajes de mañana, y acompañadas de verdaderos elegantes. Los caballos se disputaban la carrera, los postillones gritaban dando latigazos, y muchas amazonas con sus correspondientes ginetes, se entregaban á un steeple-chase original sobre la yerba de las estepas.

» Sin saber si era aquello una vision que pasaba delante de mis ojos, y dudando todavía si estaria dormido ó despierto, salí de la cabaña, y tomé el camino que llevaban los carruajes.

» Veinte minutos despues, llegué á orillas del lago, pero aquí mis cabellos se erizaron de espanto, á la vista de una masa de cadáveres sumergidos casi hasta el pecho en el fango de que están llenas las orillas de ese inmenso estanque. El sol caía de plano sobre sus miembros haciendo resaltar sus lividas manchas. Habríase dicho que eran unos leprosos dejados allí sin sepultura, ó unos salvajes muertos con el *somahawks* y abandonados allí á las aves de rapiña.

» Un sentimiento de horror inexplicable se apoderó de mí; pero de repente, ¡oh milagro! ¡aquellos cadáveres principiaron á dar señales de existencia; los ví mover los brazos, levantarse, acercarse unos á otros como vampiros, y sumergirse luego en el agua del lago, saliendo despues frescos, alegres y puros de toda mancha!

» Trataba de darme cuenta de este fenómeno, cuando llamó la atención de mis miradas otro espectáculo no ménos extraño, hácia la parte septentrional del lago.

» En un espacio de un cuarto de legua, descubrí en la ribera un inmenso campamento en desórden, compuesto de tiendas, casillas de tablas, carruajes de mil formas diversas y carros cubiertos de lienzos flotantes, donde se movian una multitud de animales como bueyes, caballos y perros, entre muchos miles de hombres, mujeres y niños que se precipitaban á las orillas del lago. Habríase dicho una poblacion entera que huía ante una invasion enemiga buscando un refugio en la emigracion.

» Pero si la ribera presentaba un golpe de vista tan animado como original, otro tanto sucedia en el lago. Unos ochocientos bañistas se agitaban estrepitosamente en el seno del agua, con tal confusion de condiciones, edades y sexos, y con tan poca prevision, que involuntariamente pensaba uno en aquellos tiempos primitivos en que los hombres tenian por adorno la inocencia.

» Resonaban en el aire alegres conversaciones, carcajadas y algunos cantos melancólicos, y todas estas notas diferentes resbalaban claras y vibrantes sobre la superficie límpida del lago, y subian despues hácia los celos por entre los dorados rayos de un sol resplande-

ciente. Todo era gozo, luz, juventud y franqueza; todo se presentaba á mis ojos bajo un prestigio bíblico y patriarcal, y por la primera vez de mi vida tuve la dicha de ver el reinado de la libertad, la igualdad y la fraternidad en un acuerdo perfecto. Es cierto que esta santa trinidad, no pudiendo acomodarse bien en la tierra, habia ido á refugiarse bajo el agua.

» Tanta alegría é inocencia me cautivaron, y no tardé en precipitarme tambien en el lago, con ese ímpetu que distingue á los buenos nadadores; pero apenas habria andado unas cien brazas, cuando caí en un grupo encantador de náyades valacas, que se propusieron arrojarme de allí implacablemente, con cuyo fin me inundaban el rostro de agua.

» Cegado por los diamantes líquidos que se escapaban de sus dedos, y por el reflejo de los rayos solares sobre la superficie tersa del lago, me retiré pidiendo mil perdones, y me fui á toda prisa al lado opuesto. A cada paso tropezaba con hombres ó mujeres que se reian, cantaban ó hablaban, con esa alegría que inspira la influencia de la mañana. Yo aunque no comprendia su dialecto, me pareció muy suave y armónico, y aun noté que ciertas palabras se destacaban entre las otras, y llegaban á mí como sonidos de una lengua medio olvidada. Segun mi costumbre, me proponia investigar ya cual podria ser el origen de la lengua valaca, cuando me encontré en frente de un grupo de cuatro jóvenes que estaban hablando en francés con un puro acento parisiense.

» Tanto me sorprendió esta conversacion francesa en el seno de un lago desconocido, y en un país perdido en un rincón del mundo, como la apariencia particular de los cuatro interlocutores, de los cuales uno llevaba en la cabeza un enorme turbante de fango negro, en tanto que los otros se habian cubierto el pecho con magníficas corazas de la misma materia.

» Uno de estos coraceros de nueva especie decia á sus compañeros:

— Sí, señores, ayer me encontré con el susodicho francés en medio de una porcion de perros rabiosos que le mordian las pantorrillas; por cierto que me gustaria saber cuál es su paradero.

— Caballero, el francés de quien hablais, soy yo, y celebro el acaso que me hace encontraros de nuevo, para daros mil gracias por lo de anoche.

— ¡Cómo! caballero, ¿sois vos? exclamó con sorpresa el joven; mucho me alegro que estéis aquí; ¿qué tal habeis dormido?

— Perfectamente.

— ¿Sin duda estais solo en Balta?

— Sí por cierto.

— ¿Y no conoceis á nadie?

— No conozco aquí un alma.

— ¿Pero sabréis el valaco?

— Ni una sílaba.

— ¡Magnífico! Los franceses no se apuran por nada. Pues bien, caballero, ya que estais perdido y sois francés, teneis un doble derecho para disponer de mis amigos y de mí. Aquí donde nos veis, caballero, todos somos franceses de corazon, y queremos la Francia como una segunda patria. Así pues, dadnos la mano y sed de los nuestros.

— Bien dicho, replicaron los otros tres; y nuestras diez manos se dieron un apretón fraternal, despues de lo cual declaramos nuestros títulos, nombres y apellidos para obrar en todo como hombres civilizados, y de este modo supé que me hallaba en compañía de dos moldavos y de dos valacos que todos pertenecian á las primeras familias de sus países respectivos.

» Nada es mejor que el agua para trabar amistad entre los hombres. »

B. A.

;Moralidad! ;Moralidad!

Apénas esparce el sol sus primeros rayos sobre las altas cúpulas de las iglesias de Madrid, cuando la vida madrugadora, la vida del pobre, inunda los comercios, las calles, las plazas; gira en contrarias direcciones; vende y compra, disputa y canta; y reza en los templos, blasfema en las plazuelas y murmura en las lonjas. Cualquiera diria que el ruido es el primer rayo del astro del dia, que despierta á los jornaleros, á los criados, á los vendedores, á los avaros, á los esposos que llevan con sentimiento la coyunda matrimonial, y comienza la agitacion y el bullicio.

En las aldeas, en el campo, la venida de la aurora inspira y encanta el corazon mas entristecido. El cielo se cubre de una púrpura indefinible y vaga, el lucero matutino se esconde entre el piélago de luz que flota en el espacio, los mayores y pastores gritan, y se disponen para emprender sus faenas, los animales de la labranza se revuelven y patean en sus cuadras, el gallo canta, las aves gorjean en los aleros de los tejados, y valan los ganados. Todo es resplandor, todo es armonía.

Pero en la corte sucede precisamente lo contrario. Los fétidos miasmas que exhala la poblacion recogen el perfume de la aurora y le envenenan; los penetrantes y descompasados gritos de los vendedores ambulantes turban nuestro sueño; hasta parece que el sol nos alumbraba despues de haber derramado sus primicias sobre el campo, y que el rocío que hermosea las flores enloda nuestras calles.

En cambio en Madrid se madruga dos veces. A las

doce del dia los *dandis*, los que pasan la vida embriagándose ó enamorando las jóvenes que á las últimas horas de la noche se prenden su tocado, el *gran pueblo*, como le llama un amigo nuestro, se levanta del lecho, ya casi fatigado con su propia pereza. Entónces los coches empiezan su cotidiana tarea, la de atropellar á los transeúntes; los pianos agitados por manos indolentes y delicadas inundan el espacio de armonía; los grandes funcionarios se dirigen pausadamente á sus oficinas, y los desocupados á los cafés y villares.

Y la corte, meretriz gastada, se hermosea y busca adornos de nuevas y brillantes formas para encubrir su miseria.

Si á las seis de la mañana fueron hediondos y oscuros, con toda la fealdad de la pobreza, de la murmuración descarada, y acaso de la honradez insoiente, á las doce son aromáticos y resplandecientes, con toda la belleza del lujo, de la calumnia epigramática y del vicio coronado de rosas. Desde el amanecer hasta el medio dia, Madrid pertenece al pueblo con sus pasiones, si se quiere, groseras, pero nacidas del corazon, con su rústico orgullo, su energía desenfrenada, su grandeza ó su pequeñez, su estupidez ó su talento. Pertenece al pueblo que hace uso del puñal, porque desconoce el ridículo, que ama ó aborrece, pero que no desprecia, que se satisface con la sangre de su enemigo y no con las lágrimas que le arranca, que asesina y no atormenta.

Desde las doce en adelante todo cambia repentinamente. La corte le sujeta su máscara medio desprendida, y esconde sus miserias y dolores; la gran prostituta se entrega á otros dueños. Pertenece entónces al vértigo, á la mentira en traje de política, á la Bolsa, á la desesperacion del joven hastiado que se calma con algunas onzas ó un casamiento de conveniencia. No tarda mucho, sin embargo, en llegar una hora en que *cansada aura que no harta* como la mujer del emperador Claudio, se recoge en sí misma para comenzar apenas asoma la siguiente aurora su carrera de impurezas, de grotescos horrores y encenagados fingimientos.

Cierto dia á las doce, dichoso amanecer, como ántes hemos dicho, de los personajes y desocupados, dos de estos se encontraron cerca de la fonda de..., célebre templo del sibaritismo cortesano. El uno de ellos pertenecia á esa clase de viejos verdes, vivas protestas de la edad pasada, que á fuerza de cinismo piensan encubrir su debilidad, y que se avergüenzan de sus años como de un crimen. El estudiado descuido de su persona, la elegancia de su traje y la exquisita coquetería de sus movimientos demostraban palpablemente que este hombre casi habia logrado engañarse á sí mismo, y que le faltaba muy poco para declarar apócrifa su fe de bautismo, fechada en 1784. Una peluca rubia cubria su cabeza, y dos patillas ralas del propio color pendian de sus orejas y se ocultaban á la sombra de unos pómulos sobresalientes y agudos, sobre los cuales se medio apoyaban á falta de narices bien dispuestas unos lentes de última moda. Todos los dias arreglaba su boca un hábil dentista, á quien pagaba mas por el secreto que por el trabajo.

El compañero que acabamos de diseñar era un joven de unos veintiseis años, marchito ya y gastado como una flor que ha perdido su aroma y frescura. Leíase en su frente espaciosa y pálida el pensamiento fijo y tenaz que le precipitaba en las orgías, en los bailes, en el torbellino de la sociedad, á la que debia despreciar seguramente, si hemos de dar crédito á la irónica sonrisa que vagaba en sus apretados labios. La importancia del genio que combate sin conseguir jamás el triunfo, la energía que desmaya, la desconfianza de sí mismo que se convierte en desesperacion, la rabia del que quiere subir al cielo y se encuentra firmemente sujeto á la tierra, todos los dolores, todas las amarguras brillaban en los hundidos ojos de este joven.

Diéronse cordialmente la mano los dos amigos, y el mas anciano exclamó con voz melosa y atiplada:

— Adiós, Emilio; ya ves que soy puntual.

— No esperaba ménos de tí.

— ¿He perdido ó he ganado la apuesta?

— Has perdido.

— ¿Cómo ha de ser! Pero entremos.

Asidos del brazo penetraron ambos en la fonda donde el antiguo calavera mandó preparar una suculenta comida para seis personas, y pidió un cuarto separado. Inmediatamente fueron introducidos en una habitacion interior, reducida y oscura como generalmente lo son estas en Madrid, donde los codiciosos caseros comercian hasta con la luz y el aire que necesitan sus inquilinos.

Mientras se entretenian en desocupar una botella de vino generoso, fueron llegando los demás convidados. Cuando todos estuvieron reunidos, el viejo anfitrión reclamó la atención de la asamblea, se caló los lentes, y empuñándose exclamó con acento melifluido y malicioso:

— Vamos, Emilio, refiérenos el estado de la aventura que ha dado margen á nuestra apuesta.

— Dices bien, repuso el joven sonriéndose con aire modesto; pero ántes almorcemos.

— Sí, sí, interrumpió otro de los convidados, la historia puede quedar para los postres.

— ¡El almuerzo primero!

— Vamos, vamos...

Los gritos de impaciencia de los circunstantes surtieron su acostumbrado efecto: pronto la mesa se cubrió de un llanco y fino mantel sobre el cual reinaron unas en pos de otras las viandas delicadas y exquisitas.

Existe un estado de exaltación que precede comúnmente á la embriaguez completa, durante el cual huimos de los medios, y todo nos parece demasiado grande ó demasiado mezquino. Hay entonces una fuerza superior á nosotros mismos, que nos hace cometer necesidades á sabiendas, y que á pesar nuestro nos arrastra á los excesos mas ridículamente bufones. En semejante estado parece que la materia se burla del espíritu y le domina: vemos un abismo delante de nosotros, y continuamos impávidos nuestra marcha; sabemos que nuestras palabras nos pueden perjudicar, y no obstante hablamos; en algunas ocasiones hasta seríamos infames con tal de aparecer graciosos. En estos momentos la lengua se traba y balbucea palabras incoherentes — algunas veces frases sublimes; — los ojos se inyectan de sangre, las mejillas y los labios se hinchan, y el paso se vuelve torpe é inseguro. Contemplamos cien luces, oímos cien voces, y todo es á nuestro lado mareo y delirio.

Pronto los convidados se hallaron en esta situación. Entonces se hicieron dueños del campo los vinos generosos, se habló, se comió, se discutió primero, y después en alas de la alegría que rebosaba de las botellas, arrebatados por el vértigo del ruido, uno de los mas grandes auxiliares de la borrachera, los comensales cantaron, disputaron y rieron, el entusiasmo coloreó sus rostros, el licor puso balbucientes sus lenguas.

¡Qué cuadro! Amontonan fuego sobre fuego, locura sobre locura, agitación sobre agitación; reunid en un solo conjunto los brindis y las carcajadas, las maldiciones y los sarcasmos; amalgamad los caprichos mas raros, los principios mas contradictorios, y os formaréis una ligera idea de este banquete que algunas prostitutas hubieran convertido en orgía. La alegría agitaba todos los corazones, despertaba á los mas melancólicos, y se desbordaba rugiente y arrebatadora sobre el festín como la lava del Vesubio sobre las flores que crecen próximas al cráter enrojecido. Una luz tibia y opaca penetraba en la habitación y coloreaba confusamente las extrañas fisonomías de aquellos hombres que se avalanzaban al placer como á una querida.

En medio de este estruendo dejóse oír la voz de uno de ellos que decía:

— ¡Silencio! que os voy á contar una historia. Anoche, en lo mejor de mi sueño, sentí repentinamente que mi cama se hundía y que rodaba yo por un abismo de fuego, como si un tropel de tempestuosos deseos me arrebatase en su rápida carrera. Rodaban conmigo miles y miles de cabezas separadas de sus troncos, las cuales, á pesar de su perpetuo movimiento giratorio, me miraban fija y espantosamente. Aquellos ojos en vez de lágrimas derramaban sangre, y dejaban en pos de sí un rastro purpurado y oscuro. Parecía que lloraban los dolores de la humanidad entera; pero yo nada veía. Las olas encendidas corrían sobre mi ronca y atropelladamente, y sin que pudiera pedir auxilio, descendía yo siempre perseguido por aquellas horribles cabezas, viva expresión del remordimiento herido y la desesperación impotente, con sus cabellos erizados y sus cárdenos labios mordidos. No recuerdo cuanto tiempo estuve cayendo sin encontrar reposo; solo sé que después de un largo espacio de tiempo, cuando mi corazón se había secado y mi cabellera encanecido, llegué al fondo de aquel océano de lumbre...

— ¡Gracias á Dios! ya nos tenias con cuidado.

— Que prosiga el cuento...

— ¡Que prosiga!

— El fondo de este abismo era un hediondo pantano. Todas las miserias de la sociedad, todos los crímenes, todos sus dolores estaban allí mezclados y confundidos. Allí habia jóvenes abandonadas por sus madres, blancas azucenas con que se coronaba la lascivia, almas inocentes á quienes faltaba el ángel de su guarda; el cariño materno habia mujeres que desgarraban el corazón de sus amantes con el refinamiento de una conciencia tranquila; habia políticos diestros para subir, imbéciles para gobernar; filósofos profundos para el mal; habia, en fin, lodo, lodo y solamente lodo. Oíanse allí de una manera confusa el primer suspiro de la virgen que ama y el escándalo de la orgía, los entrecortados sollozos del dolor tranquilo y los roncós gemidos de la desesperación, la música del templo y las armonías de la danza. ¡Y de qué buena gana hubiera yo bailado un vals!...

— ¡Bien... muy bien!

— ¿Quién de vosotros sabe donde me he dejado la cabeza? exclamó lastimosamente uno de los comensales, levantándose trémulo de su asiento y mirando á todas partes con ojos espantados.

— Ahora que hablamos de cabezas, continuó diciendo con la mayor imperturbabilidad el narrador, voy á deciros de quienes eran las que lloras y ensangrentadas me acompañaron en mi descenso hasta el fondo del pantano de la vida: pertenecían á los que estudian las simplezas de la humanidad para envenenar su propio corazón, y á los que adoptan el papel de víctimas en una época en que todos se hallan convencidos de que no hay una sola causa en la tierra que merezca un mártir.

— Vete al diablo con tu historia, que ya estoy cansado de oírte...

— ¡Qué siga!

— ¡Que no siga!

— Señores, dijo de repente uno que hasta entonces no habia despegado sus labios, ¿sabeis porqué el diablo no se dedicó á la compra de hombres?

— Acaso, respondió con tono sentencioso el que estaba á su lado, porque los gobiernos de la tierra le hacen mal tercio.

— Ayer se ha suicidado una mujer tirándose al canal con dos hijos de corta edad.

— He aquí un modo nuevo de matarse tres veces.

— ¿Y porqué puso fin á sus dias?

— Por hambre.

— Es que para huir de la miseria, exclamó Emilio, solo hay en el día dos caminos: el crimen ó la muerte.

¿Porqué en medio de los placeres mas bulliciosos vendrá siempre una idea lúgubre y desconsoladora á posarse sobre el corazón del hombre, á emponzoñar sus delicias con una lágrima que no asoma á los ojos y se enciende en el cerebro; una idea que hiela el licor en los vasos y el beso en los labios? ¿Porqué el hombre ha de estar siempre en pugna consigo mismo? Quizás esos pensamientos que nos sorprenden en el instante de apurar una copa, de estrechar entre nuestros brazos el delicado talle de la mujer amada, son mensajeros divinos que nos recuerdan nuestra ingratitud y la cólera celeste...

Reinó un momento de silencio entre los convidados producido por las últimas palabras de Emilio, demasiado desgarradoras aun para aquellos que viven en la opulencia y los placeres, lejos de las amargas privaciones de los dolores intensos del hombre necesitado, cuyos padecimientos son para los optimistas *la poesía de la miseria*. Aprovechándose de esta momentánea melancolía, uno de los comensales, ménos borracho que los demás, hizo varios esfuerzos para levantarse que no fueron del todo infructuosos, y preguntó á gritos para llamar la atención de los que ya estaban casi roncando.

— Pero, sepanros, señores, que apuesta es esa que tan preocupados os tiene... Nos habeis convidado á almorzar sin enterarnos del asunto. ¡Y esto es horrible, horrible, horrible!

— Teneis razon, repuso Emilio; sabed, pues, que me he casado con Susana...

— Con Susana, que ha sido mi querida...

— ¡Y la mia!

— ¡Y la mia!

— Con la misma, señores, contestó imperturbablemente el vencedor de la apuesta, y por cierto que no lo he perdido todo en el casamiento: ¡posee cien mil reales de renta!

— ¡Cáspita! añadió uno por lo bajo, ¡quién lo hubiera sabido!

— ¡Queridos míos! vosotros os habeis arruinado por ella, y yo fundo mi fortuna sobre vuestras ruinas.... *Exurge, Domine, et judica causam tuam.*

— Pero ¿y la vergüenza? añadió tímidamente el que ántes se habia lamentado de su ignorancia, respecto de las rentas de Susana.

— El mundo, respondió Emilio, no tiene memoria: mas ó ménos tarde se olvida de todo. Mientras tanto viviremos fuera de España...

Nadie replicó, y el banquete con todas sus locuras se prolongó hasta la noche, sin que hubiera uno solo entre aquellos hombres que escupiese en el rostro á su envilecido compañero. ¿Y cómo habian de escupirle si poseía una renta de cinco mil duros?

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Exposicion

DE LOS DIVERSOS SISTEMAS DE TELEGRAFÍA ADÓPTADOS EN LOS CAMINOS DE HIERRO,

POR M. REGNAULT.

Las siguientes indicaciones, que reasumen de una manera clara y muy sencilla los principios sobre que están basados los diversos sistemas de telegrafía eléctrica, han sido presentados por M. Regnault á la sociedad de los ingenieros civiles en su sesion de 17 de febrero último.

Imantación del hierro por una corriente eléctrica. — Cuando se arroja un hilo metálico cubierto de seda al rededor de una barra de hierro y se hace pasar por el hilo una corriente eléctrica, la barra se convierte en un iman, es decir, que adquiere la propiedad de atraer el hierro y de presentar dos polos, el uno boreal y el otro austral.

Si las espiras del hilo arrollado forman el paso de izquierda á derecha, el polo N. estará del lado por el cual entre la corriente; pero si las espiras están en sentido contrario, entonces será el polo S. el que esté del lado porque aquella entre.

Los electro-imanos empleados en la telegrafía, están compuestos de dos barras reunidas por un travesaño para que los dos polos opuestos están en un mismo plano.

Las espiras de los hilos arrollados sobre cada barra, están en el mismo sentido, lo que da polos opuestos á cada una de ellas.

Telégrafo de Breguet. — Sirve de fundamento para el telégrafo alfabético la propiedad que tiene el hierro de imantarse instantáneamente por una corriente, y de perder esta imantación en el momento que la corriente cesa.

El receptor se compone de un movimiento de relojería que gobierna la aguja del cuadrante. El escape de la rueda lleva una paleta de hierro dulce, que está colocada á una pequeña distancia de los polos de un electro-iman.

Cuando se hace pasar una corriente eléctrica por el

hilo que envuelve al electro-iman, la paleta es atraída por este, y tan luego como cesa la corriente, un resorte obliga á la paleta á tomar su posición primitiva. Este movimiento de vaiven de la paleta, desengrana sucesivamente los dientes del escape y permite á la aguja colocarse sobre las letras que se quiere designar.

El manipulador se compone de un cuadrante que lleva los mismos signos que el del receptor. La manivela está articulada en el centro del cuadrante con un eje que mueve una rueda, en el plano de la cual existe una garganta excéntrica, cuyas sinuosidades son regulares y en número igual al de los signos grabados sobre el cuadrante. Esta rueda produce por su rotación el movimiento de vaiven de una palanca que oscila al rededor de uno de los pilares del cuadrante, y toca alternativamente los contactos de la pila y del receptor; es decir, que para cada vuelta del cuadrante se pone catorce veces en comunicacion con la pila, lo que produce catorce imantaciones del electro-iman del receptor, y obliga á la aguja á verificar una vuelta completa.

Basta, pues, colocar la manivela sobre las letras que se quieren designar, para que la aguja del receptor las reproduzca, puesto que las corrientes se establecen por el contacto de la palanca con la pila.

La campana se compone de un rodaje semejante al de un despertador; el fiador lleva una paleta de hierro dulce que está colocada, como en el receptor, frente de los polos de un electro-iman. Cuando se hace pasar una corriente eléctrica por el hilo del electro-iman, es atraída la paleta, y por su desplazamiento desengancha el fiador del rodaje que levanta el martillo. Cuando cesa la corriente, la paleta vuelve á su posición primitiva y engancha el fiador que detiene la campana.

Estos aparatos están empleados en todos los ferro-carriles franceses.

Telégrafo del Estado. — El receptor se compone de dos rodajes de relojería colocados á una distancia suficiente para que las dos agujas puedan girar sin encontrarse. La rueda de escape está dividida en cuatro dientes, y no avanza á cada movimiento mas que medio diente, de modo que la aguja toma ocho posiciones diferentes en cada vuelta de la rueda, avanzando 45° de una á otra.

Como hay dos agujas, y cada una adquiere ocho posiciones independientes unas de otras, se obtienen sesenta y cuatro señales por la combinación de los ocho movimientos. Este número se duplica por un signo convencional, obteniendo así ciento veinte y ocho señales.

El manipulador está, como el receptor, compuesto de dos partes independientes y semejantes; cada una de ellas está en comunicacion con uno de los lados del receptor por un hilo especial, lo que exige dos hilos en cada línea.

Este telégrafo tiene la ventaja de hacer señales muy claras, de ser muy seguro, y de poderse manejar con gran rapidez.

Telégrafo de Wheatstone. — Este telégrafo está fundado en la propiedad que posee un iman de producir una corriente eléctrica en el hilo de un carrete que se acerca á uno de sus polos.

El manipulador se compone de un iman sobre el cual hay un electro-iman que está en comunicacion, por un engranaje, con el eje de un cuadrante. El movimiento de rotación del cuadrante hace pasar sucesivamente los polos del electro-iman por encima de los del iman, de los que sucesivamente se aproxima y se aleja, y de lo cual produciria dos corrientes en sentido contrario si la disposición del conmutador no suprimiera la que debería establecerse cuando el electro-iman se aproxima al iman.

La acción del cuadrante produce entonces corrientes intermitentes que imantan el electro-iman del receptor; y su paleta, al moverse, detiene la aguja sobre las letras que se quiere representar.

Este aparato da muy buenos resultados y funciona hace nueve años en el camino de hierro de Saint-Germain.

Telégrafo de Siemens. — Este telégrafo es uno de los mas sencillos, en cuanto que el mismo aparato sirve de multiplicador y de receptor, y que no hay rodaje para hacer girar la aguja.

El electro iman hace mover una paleta que lleva una palanca á cuya extremidad van fijos los topes que hacen marchar la rueda del escape, y que trasforma directamente el movimiento alternativo de la paleta en un movimiento circular. Al moverse la palanca de la paleta, establece los contactos que dan paso á la corriente de la pila, de modo que el circuito está cerrado cuando la paleta se halla separada de los polos del electro iman, y por el contrario está abierto cuando la paleta se aproxima á ellos.

Basta, pues, poner una pila en comunicacion con el electro-iman para producir el movimiento de la aguja, puesto que los contactos se establecen por sí mismos por el desplazamiento de la armadura.

Las teclas que están en la circunferencia del cuadrante llevan clavijas que, cuando aquellas son empujadas hácia abajo, detienen la aguja unida al eje de la rueda y producen tambien la parada de la aguja opuesta, pues que en esta posición de la paleta la corriente se halla interrumpida.

Aparato para imprimir, de Siemens. — Este aparato es muy semejante, en cuanto al movimiento, al que sirve para la conversacion. Se ha suprimido el teclado y se ha reemplazado la aguja por un cuadrante de acero que tiene en relieve las mismas letras que las te-

clas; este cuadrante está cortado entre las letras para que cada una de ellas pueda ser levantada aislada-mente.

Debajo de las letras de este cuadrante hay un martillo unido á la extremidad de una fuerte paleta, que está sometido á la accion de los polos de un electro-iman. El contacto de la corriente eléctrica que pasa por el hilo de este electro-iman, se establece por el golpe alternativo de la paleta que hace mover el cuadrante, de modo que la paleta de impresor no tiene tiempo de obrar cuando el cuadrante gira sin detenerse, puesto que su masa es mas considerable que la de la paleta que hace marchar al cuadrante, y que tiene además que recorrer un camino mas largo.

Encima del cuadrante hay un rodillo impregnado de tinta, y que recibe su movimiento de rotacion del martillo impresor. La banda de papel está sostenida sobre dos poleas, y pasa entre el rodillo y el cuadrante; esta banda es arrastrada por el movimiento del rodillo, de modo que á cada impresion avanza siempre el papel el intervalo de dos letras.

La accion ó manejo del aparato que espide no cambia cuando se imprime en la estacion que recibe, porque el tiempo de parada que exige el bajar la tecla es mas que suficiente para la impresion.

Estos aparatos son de fácil manejo, pero tienen el inconveniente de marchar lentamente, de exigir una corriente muy enérgica y de ser muy difíciles de arreglar.

Aparatos de auxilios. — Este sistema se compone de un receptor de una campana y de aparatos interruptores.

Sobre el cuadrante del receptor están grabados los nombres de las estaciones en que se hallan colocados los aparatos interruptores. La corriente eléctrica pasa constantemente por la campana, por el receptor y por la línea, de modo que la imantacion de sus electro-imas es permanente.

El hilo de la línea atraviesa los aparatos interruptores que están dispuestos para cortar la corriente tantas veces, en cada vuelta de manivela, como unidades representa el número de la estacion en que están colocados.

Basta, pues, para advertir que un tren necesita socorro é indicar el lugar en que se halla detenido, dar una vuelta á la manivela del aparato interruptor para cortar la corriente, que se desenganche la campana, y que la aguja del receptor se coloque sobre el nombre de la estacion que pide auxilio, puesto que á cada interrupcion de la corriente avanza la aguja una division.

Estos aparatos tienen la ventaja de poder ser manejados por todos los empleados; ofrecer una gran seguridad, y dar en un segundo la señal de un tren apurado, y el lugar en que se halla.

Funcionan hace ocho años en el camino de hierro de Saint-Germain.

Terminaremos este artículo por un hecho muy cu-

rioso, bajo el punto de vista histórico, que acaba de ser indicado por un diario de Glascow, el *Commonwealth*. Los documentos auténticos que cita, patentizan que el *telégrafo eléctrico* ha sido descubierto en Escocia en 1753.

Hace un siglo que en el tomo XV, pág. 78 del *Scots Magazine*, se ha podido leer una carta fechada en Benfrew el 4º de febrero, y en la que una persona que se firma solamente C. M. describe nuestros telégrafos ac-

tuales, con la diferencia, sin embargo, que propone tantos hilos como letras hay en el alfabeto.

Esta carta, sumamente curiosa, se encuentra traducida en el último número del *Cosmos*; ella hace desvanecer completamente los derechos de prioridad de Lesage, cuyo proyecto data de 1774; de Lomond, que no hizo su experiencia hasta 1787; de Reiser, que escribía en 1794; de Salvá del que no se ha hablado hasta 1796.

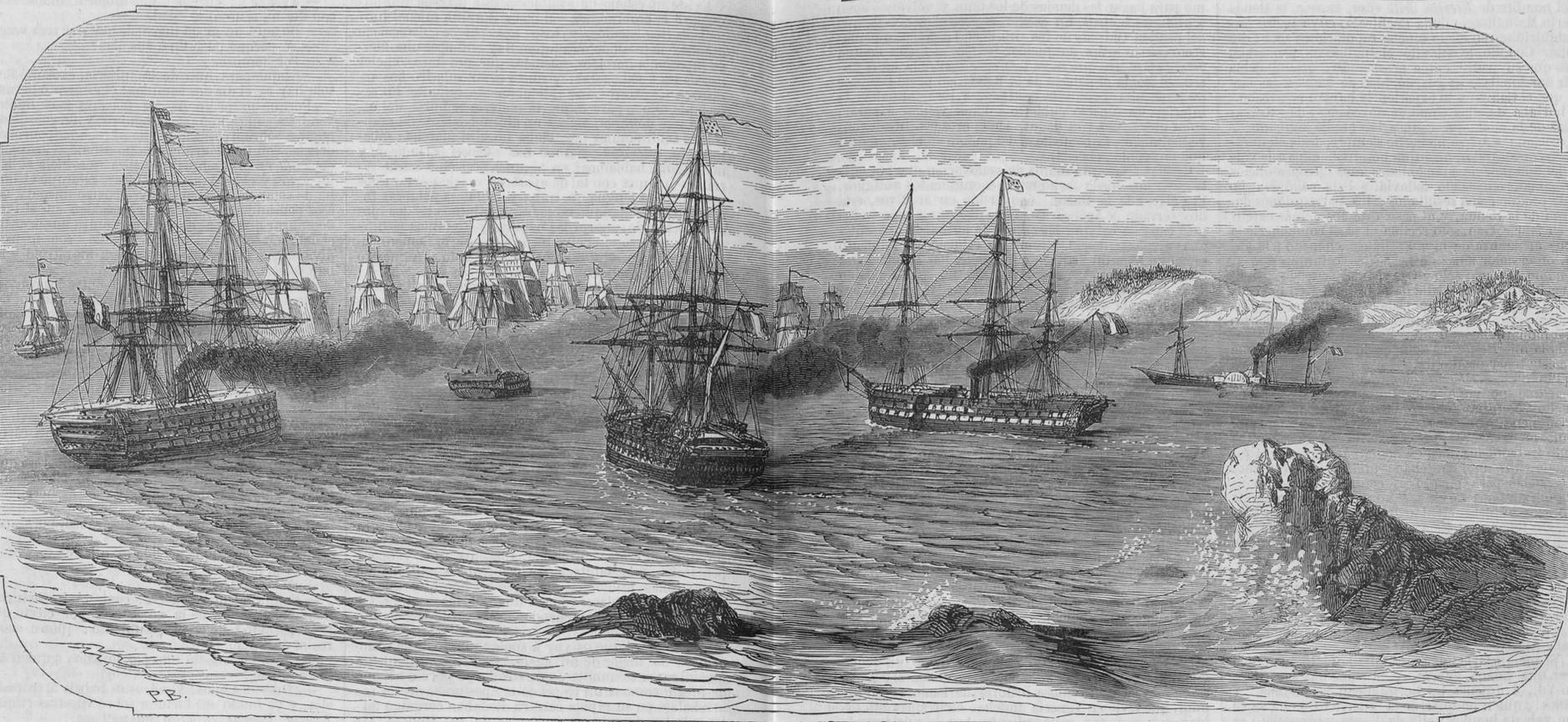
Expedicion del Báltico.

salida para LAS ISLAS DE ALAND.

Sabido es que las escuadras combinadas se reunieron por fin el 11 de junio en la rada de Baro-Sund; cada nacion, por la voz de sus cañones y por la de los marineros de los buques, hizo testigos á los ecos de la ribera rusa de su cordial y estrepitosa simpatía. El fondeadero de Baro-Sund se halla situado sobre la costa N. del

golfo de Finlandia, á unas doce leguas (Oeste) de la ciudad de Helsingfors, y está formado por los islotes y rocas avanzadas que defienden todas esas costas. Aunque poco abrigado contra los vientos del Oeste,

ofrece sin embargo una buena extension libre de todo peligro; allí se vieron los almirantes por la primera vez y se comunicaron las ideas y planes que deben decidir la próxima campaña.



Expedicion del Báltico. — Salida de la escuadra franco-inglesa de la rada de Barosund para las islas de Aland.

En esas riberas desoladas no se encuentra un punto pintoresco, ni una habitacion humana; solo se ven grupos de abetos de una eterna verdura adheridos á las rocas ferruginosas de las orillas de la costa. Sin embargo, se experimenta una impresion particular subiendo por esas piedras, y esa extraña naturaleza suele ofrecer aspectos imprevistos; hasta la misma vegetacion, esa vegetacion tan triste y monotoná, suministra materia en sus detalles, para observaciones muy curiosas.

En la isla de Trescos hay un estanque natural formado por las rocas, que todos los veranos se llena de agua casi potable, á causa del deshielo de las nieves. A las orillas de este estanque crecen mil arbustos bajo los rayos benéficos del sol; en cada grieta de las rocas donde se conserva un poco de tierra vegetal nacen plantas y flores, y por último, sobre las alturas de la isla, la vista se pierde á lo léjos contemplando una mezcla pintoresca de árboles, de rocas y de agua.

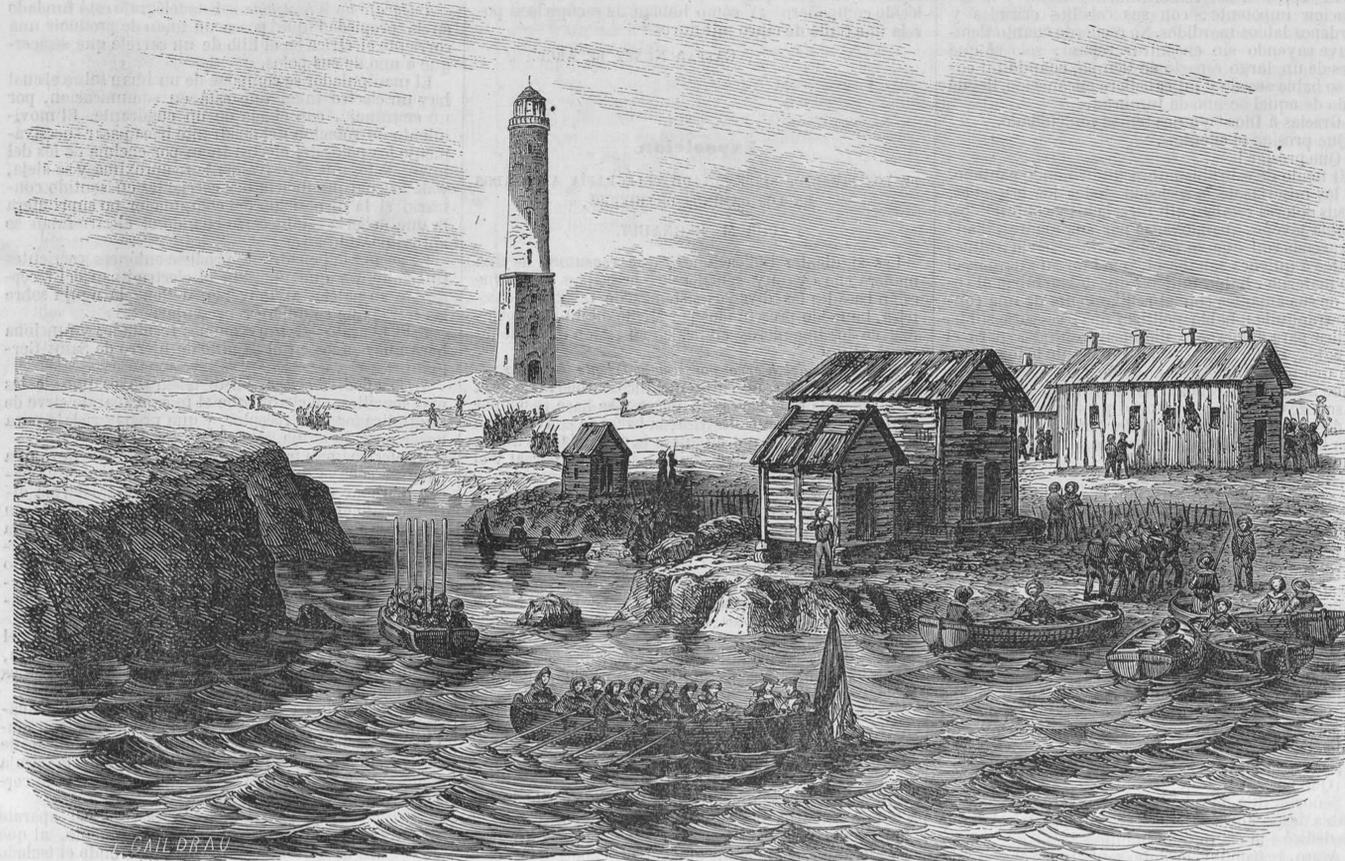
Despues de algunos dias de descanso, las escuadras aparejaron, y una parte de ellas marchó á fondear ante los navios rusos, prisioneros en el fuerte de Helsingfors, mientras la otra bajo la direccion de los almirantes llegó hasta los fuertes de Cronstadt, desafiando cortemente con su presencia á las fuerzas navales del Czar: la escuadra permaneció algunos dias á la vista de aquella fortaleza, y cansada de esperar la batalla que los rusos no tuvieron por conveniente aceptar, se decidió á pasar de nuevo al fondeadero de Baro-Sund, donde han permanecido reunidas las escuadras inglesa y francesa, hasta que salieron para las islas de Aland.

MARGARITA PUSTERLA.

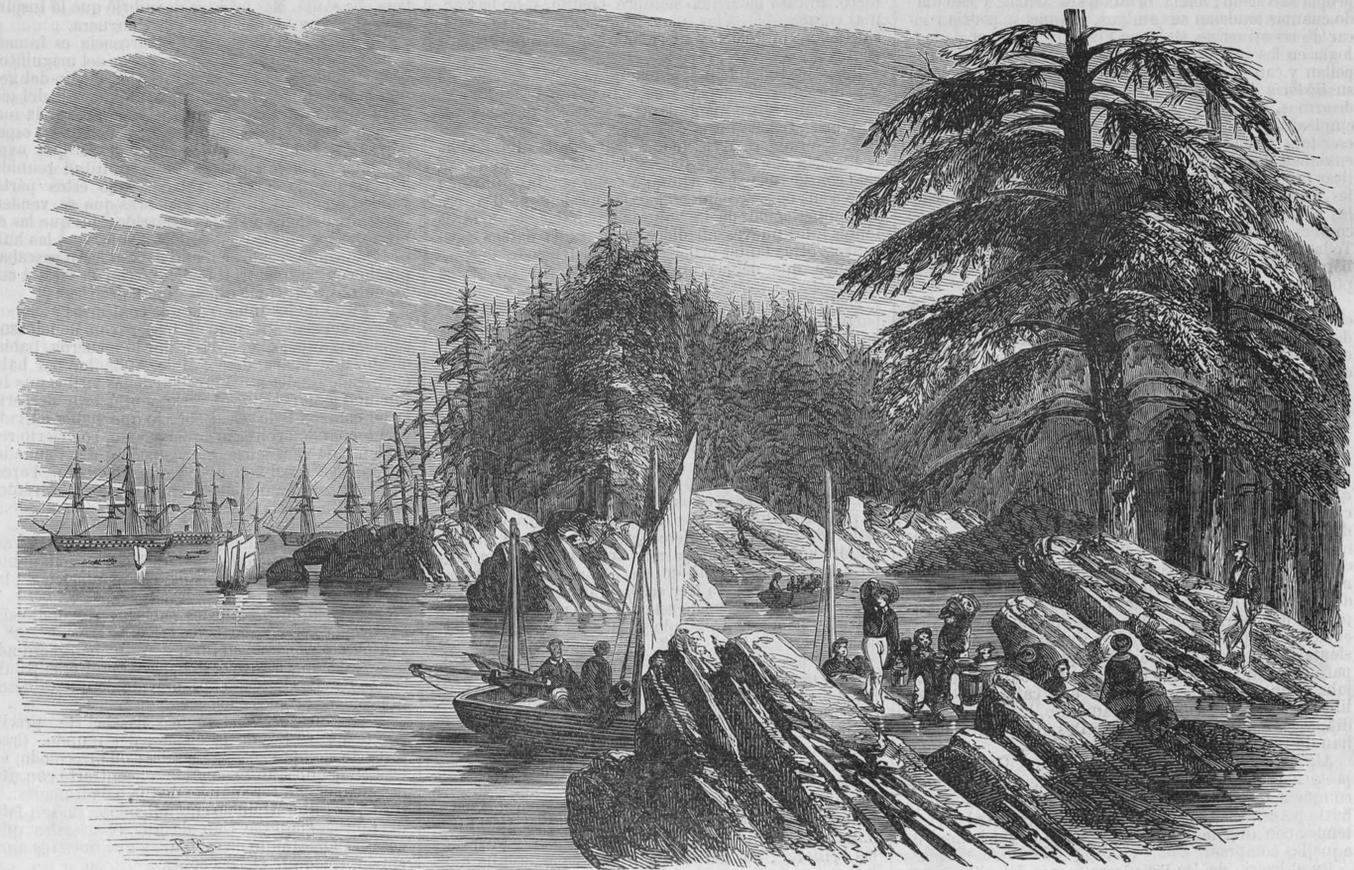
VI.

UNA IMPRUDENCIA.

Esta reunion la celebraron el 13 de junio de 1340. La mayor parte de todos los que se habian juntado allí olvidaron, pasada la noche, los discursos que habian pronunciado; quizá no los recordaba tampoco el mismo Pusterla: solo en la imaginacion de Alpinolo habian dejado profunda huella. A fuerza de revolver en su mente, de interpretar y dar torniquete al sentido de las palabras de los conjurados, concluyó por darles cuerpo. Donde no habia mas que razonamientos, supuso hechos; trocó las amenazas en firmes resoluciones. Así obedecia á su natural impetuosidad y á la pasion insensata que atormenta á sus semejantes, y que consiste en engrandecerse á sus propios ojos, cuando se ven envueltos en alguna empresa peligrosa, ó se creen depositarios del secreto de una conspiracion misterio-



Faro y casas abandonadas en la isla de Kugs-Kar, rada de Baro-Sund.



Lanchas francesas haciendo agua en la isla de Trescos, rada de Baro-Sund.

sa que puede de un momento á otro acarrear la destrucción de los tiranos.

— Cierto, decía él, Pusterla ha dicho más de lo que parecía. ¿Querria un hombre de esta valía alimentar esperanzas, y llegar hasta la amenaza, si no se creyera sólidamente apoyado? No me han descubierto todo y apruebo esa reserva. ¿Qué títulos puedo alegar yo para pretender profundizar los designios de que depende el porvenir de la Lombardia? Pero que me dejen obrar, y yo probaré lo que valgo, y me haré digno de su confianza, conquistando muchos prosélitos para la más santa de las causas.

Con tales sentimientos se reunió á sus más fieles amigos, á aquellos que poseían un corazón esforzado, á aquellos que habían dado pruebas de su amor á la libertad, ávidos de cambios y ansiosos de venir á las manos. Encendió su entusiasmo, se esforzó en comunicarles el fanatismo de su convicción, y les dió á entender que las nubes que se alzaban sobre sus cabezas descargarían muy pronto el rayo. Algunos oyeron su peroración con atento oído: siempre hay un número crecido de hombres (y entonces era este número mayor que nunca) para quienes toda novedad, todo cataclismo encierra un sueño de fortuna y felicidad: otros se encogían de hombros y decían: « Si hay rosas, ellas florecerán. » Algunos hubo que lo trataron de insensato y de fanfarrón, como si hubiera soñado ó hubiera querido darse importancia. Estos últimos eran los más peligrosos. Picado por la incredulidad ó por el insulto, se exaltaba cada vez más para que se diera crédito á sus palabras. En el calor de la discusión se dejaba escapar los nombres de los Pusterla, de los Aliprandi, del señor Galeas y de Barnabe, y el de otras personas que habían entrado, ó que según su modo de discursar, entrarían indudablemente en la conjuración. De esta suerte su secreto, el secreto de una empresa que solo existía en su imaginación, se propagó á una multitud de jóvenes, lenguas indómitas, cabezas ligeras, que lo difundieron entre sus amigos. Corriendo de boca en boca, lo que no era más que probable, fué dado por seguro, lo que había sido escasamente intentado, se juzgó terminado; al paso que cada uno de ellos, fuera por vanidad ó por jactancia, añadía á la noticia alguna otra invención.

Bastaba echar una ojeada sobre Alpinolo para adivinar las agitaciones de su alma. Sabido es que á fuerza de repetir una mentira, se suele llegar á tomarla por una verdad. Además, si la conjuración era quimérica, Alpinolo la había realizado por su parte. Él había perorado; él se había estado poniendo de acuerdo con todos sus amigos un día entero, é inflamándose con el fuego de sus propias palabras, se había persuadido de la realidad de sus visiones; él había estrechado la mano de sus amigos para decirles: « Nos veremos, hablaremos, obraremos. »

Con algunos de ellos había jurado odio á los Visconti y muerte á los tiranos, en nombre del Señor y por su propia salvación; había bruñido sus armas, y calculado cuantas tendrían sus amigos, cuantas se podrían sacar de las armerías. Galvano Fiamma, profesor de teología en los dominicos de San Eustorgio, más tarde, capellan y canceller de Giovanni Visconti, nos revela en su *Historia de Milan* que esta ciudad tenía cien fábricas de armas, sin hablar de otros talleres de hierro, que empleaban á diez mil obreros. Se hacían, añade este escritor, armaduras relucientes como espejos, que se enviaban hasta la Tartaria y los sarracenos. Para facilitar la vigilancia ejercida por los síndicos y los consules, los diversos oficios estaban distribuidos por cuarteles y calles, como lo indican los nombres que aun se conservan de las calles de Orfebrería, Platerías, etc. Todas las tiendas de los fabricantes de armas se hallaban en las calles de las Armaduras, Espaderías y Espuelerías.

No sé cuantas veces pasaba Alpinolo, ó por mejor decir, se paseaba Alpinolo por aquellas calles, examinando con la vista el interior de las tiendas, y contando cuantos hombres se podrían armar en ellas. La cadencia repetida de los martillos, el rechinar de las limas, la fuerte respiración de las fraguas, el ruido del hierro encendido que se sumerge en el agua, la voz de mando de los patrones, los silbidos ó los alegres cantares de los trabajadores, todo aquel estrépito era más armonioso al oído de Alpinolo que los acordes acentos de una orquesta bien afinada al oído de una joven de quince años, que asiste por la vez primera á una función. Viendo dentro y fuera de los almacenes aquellas dagas, aquellas ballestas, aquellos estoques, aquellos montantes, dardos y otras armas de la época colocadas como trofeos, al ver las corazas de hojas de acero, de malla y escama, las viseras, rodela, morriones, escudos redondos de metal, cuero y Fresno, un estremecimiento de alegría recorría los miembros del joven; una emoción se apoderaba de él, muy parecida á la que siente el avaro contemplando los pilares de zequies, ó para emplear una comparación más sencilla, se asemeja á un sabio que, cruzando una calle cubierta de libros, los compra con el pensamiento, los lee, los estudia, y los emplea en hacer con ellos otros libros que lo han de inmortalizar.

Alpinolo entraba en algunas de aquellas fábricas; preguntaba el precio de una coraza, de una armadura completa de hojas de hierro y malla desde la cimera hasta las espuelas; no compraba nada, pero daba á entender con muchos rodeos que podría llegar la hora de aquellas compras.

En el barrio de los Espaderos, cerca del sitio donde estaba á la sazón el único horno de pan blanco, famoso

bajo el nombre de *Prestin della rosa*, se veía la tienda de cierto Malfiglioccio della Cochirola, cuyo padre había adquirido en su oficio mucha reputación y una gran fortuna. Cuando le sucedió Malfiglioccio, pensando, puesto que su padre había prosperado, que él debía seguir sus huellas, se guardó bien de adoptar las mejoras que el tiempo y la experiencia habían acarreado: él se burlaba de ellas como de novedades, de extravagancias de la moda que caducarian al día siguiente de su aparición: « Así se ha hecho siempre, decía él; nuestros mayores sabían más que nosotros, ellos que volvían del aprendizaje cuando todos esos estropea-oficios no lo habían empezado todavía. » Esta conducta no dejó de producir sus resultados; los parroquianos desertaron de la tienda, y al paso que los demás extendían su fabricación, solo recibía él para componerla la antigua armadura de algún milanés, chapado á la antigua, observador tenaz de las viejas costumbres.

Viéndolo Alpinolo solo en la tienda, ocupado en mear pacíficamente el fuelle de la fragua, y en torrear, sin darse mayor prisa, un pedazo de hierro entre las brasas, no temió interrumpir su trabajo; comenzó, pues, á hablarle largamente, y después de haber deplorado la miseria de los tiempos, le hizo entrever que podría esta tener pronto fin.

— ¡Pluguiese al cielo! exclamó Malfiglioccio; se puede decir que no gana uno el agua que bebe; el que tenga hoy familia debe regatear cuarto por cuarto y roer pan bien duro. ¡Ah! ¡qué diferencia del tiempo en que mi buen padre era el síndico de la cofradía! ¡Cuánto trabajo! los florines llovan á montones. Aquí un escudo, allí un guantelete; un frontal para uno, unas espuelas para otro. Tres contra maestros y cincuenta oficiales nos servían, y aunque hubieran tenido cien brazos hubieran tenido que trabajar de día y de noche, sin tener casi tiempo para comer. Hoy la paz general embalsa en todas partes el agua. Parece que las gentes no tienen ya sangre en las venas. Esos frailes no saben más que predicar la paz. ¿Creen que nos ha dado el Señor los brazos para tenerlos cruzados? Si las cosas siguen así, no hay más que cerrar el taller y vender hierros viejos.

— ¿Le gustaría á Vd. que resucitara lo pasado? preguntaba Alpinolo.

— ¡Si me gustaría! daría la mitad de lo que tengo por ver una buena guerra, y muchos hay en Milan, sépalo Vd., á quienes les hormiguean las manos. ¡Y vive Dios! ¿quién no querria la guerra? En ella se ve lo que vale un hombre; ella da honra y provecho: se gana un poco por una parte, y se roba otro poco por la otra, y para todos hay algo.

Alpinolo, entusiasmado de ver á los artesanos opinando como él:

— ¡Bueno! añadía, ánimo: el remedio no está lejos: arregle Vd. los hierros de su taller; pronto tendrá Vd. que hacer, se lo prometo á Vd.

— ¡Cómo! ¡de veras! ¡qué fortuna! repetía el armero. Mi casa ha tenido siempre crédito, y no hay armas comparables á las mías. En cuanto al precio, consideración con todos, y sobre todo con Vd., que es parroquiano.

Luego, saludando á Alpinolo que se iba: « Téngame Vd. presente, » le decía; y asomándose á la puerta, se ponía mano sobre mano para criticar las novedades y rumiar sus esperanzas.

No me hubiera arriesgado á degradar la dignidad de la historia con semejantes trivialidades, si hubieran sido consideradas por Alpinolo como por la multitud; pero á sus ojos era interrogar la opinión pública, era la manifestación de la voluntad popular, eran otros tantos hilos nuevos añadidos á la trama de sus esperanzas; otras tantas pruebas de la existencia de la conspiración que debía cambiar el gobierno de arriba abajo.

Fácil es imaginar que parte tenían sus afecciones particulares en estos cálculos. Derribar este juez y darle aquel otro por sucesor, reservar á todo Visconti el fin de Beno de los Gozzadini, es decir, arrastrarlo por la ciudad, para arrojarlo por último al canal; hacer cuartos al maldito Luchino, y poner en su lugar á Pusterla y Margarita. Entonces todo sería justicia; nada de contribuciones ni de intrigas; los buenos serían exaltados y los malos humillados; entonces... ¡qué hermosa época! ¡qué edad de oro! ¡qué nuevas glorias! ¡qué felicidad universal!

Entusiasmado con estos pensamientos que le parecían la realidad, Alpinolo entró en el *Broletto Nuovo*, llamado hoy la plaza de los Mercaderes. Yo creo que muchos admiradores se habrán parado, como yo, horas enteras á contemplar la mezcla de los estilos de este monumento grandioso, y á leer en él la historia de las artes y de las revoluciones de esta ciudad; pero esta mezcla no existía cuando Alpinolo se dirigió al punto indicado.

La afición á gastos generosos y el ardor de construir no han nacido ayer en el ánimo de los milaneses. Estimulados por la noble liberalidad de un pueblo libre, compararon las casas y el terreno que ocupaban el centro de la ciudad para levantar allí sus principales edificios. En 1228 construyeron la plaza cuadrangular con cinco puertas que daban á cinco calles empedradas, pertenecientes á los principales cuarteles. La una se llamaba Puerta de la Catedral, la otra Puerta Nueva, la tercera de Como, la cuarta de Vercelli, la última daba al barrio de los Plateros, y se llamaba Puerta de las Prisiones, porque la cárcel llamada Malastalla estaba contigua. En ella se encerraban los acreedores fraudulentos y la juventud indisciplinada, remedio extre-

mo para pagar las deudas de los unos y volver el buen sentido á los otros. En medio de esta plaza, en tiempo del podestá Oldrado de los Grassi de Trezzena, que mereció por su ardor en quemar herejes el honor de una estatua ecuestre que se ve todavía empotrada en la pared, se erigió el palacio de la Razon. Su parte superior contenía una vasta sala destinada á los tribunales; la inferior, un espacio cubierto á donde venían á parar, enlazándose por tres lados, siete arcadas. Lugar conveniente para la comodidad del pueblo en el tiempo en que el pueblo gobernaba.

Gracias á la santa manía de renovación que nos agita, poco nos queda de aquellos monumentos antiguos. El palacio de la Razon, convertido en archivos, está hoy cerrado, y apenas se puede distinguir bajo la espesa capa de cal que las cubre, la forma de sus antiguas arcadas; de esa manera un robusto pensamiento se oculta bajo un artificioso lenguaje. Las habitaciones están derruidas, pero por fortuna no se ha podido acabar en seiscientos años el edificio de las escuelas palatinas por la parte de la calle de los Plateros, y aun queda un trozo de la galería de los Ossii, comenzada en 1316 por Mateo el Grande. Este monumento estaba revestido con panales de mármol blanco y negro, y dividido en dos galerías superpuestas, cada una con cinco arcos. En el parapeto superior se habían esculpido en otros tantos escudos las armas de los seis principales señores de la ciudad. Una tribuna volada ocupaba el centro de esta galería, y en esta tribuna, llamada vulgarmente *Parlera*, aparecían el podestá ó los consules, y desde ella proclamaban las leyes y decretos, y oían las opiniones de los ciudadanos. Hoy no se ven debajo mas que vendedores de husos y de ruedas, y un centinela tudesco que pasa y vuelve á pasar por delante y por detrás de los cañones.

En aquella época, pues, circulaban por allí multitud de gentes, los unos regateando cuarto por cuarto, los otros averiguando noticias, los otros paseándose en amable ociosidad, ó alabando y comparando los balcones de Noruega, de Dinamarca y de Irlanda; por otro lado se repetían los milagros que en los dos últimos años habían comenzado á dar gran reputación á las vírgenes de San Celso y de San Satiro, San Simplicio y San Ambrosio. Un peregrino con su bordon y sus conchas atraía las miradas de un grupo que, rodeando la mesa á donde había subido el orador, escuchaba la maravillosa historia de Paolozzo de Rimini, que vivió en Venecia muchas cuaresmas sin tomar otra cosa que agua caliente. Los inquisidores lo encarcelaron confirmando así la verdad del prodigio. Mas lejos un charlatan enseñaba un cartel con figuras, que él decoraba con el título de humanas, explicando que representaban á las veinticinco mil personas que se habían reunido el 23 de marzo de aquel año en Corrigisio (Cremona), descalzas y medio desnudas, azotándose hasta el punto de hacer brotar la sangre, y dando limosna, guiadas por una hermosa joven reputada por santa. Mas tarde se descubrió que la inspiraba el demonio, y fué condenada á la hoguera.

Imagínese un baile: la concurrencia es inmensa; todos piensan en divertirse, en gozar del magnífico espectáculo de la fiesta. Imagínese en medio del gentío un hombre que ha hecho una mina debajo del teatro de la función, que al momento va á aplicar la mecha y volar el escenario con músicos, danzantes y espectadores, y se tendrá una idea cabal de lo que experimentaba Alpinolo en medio de la multitud reunida en la plaza de que hemos hablado. Bajo estos pórticos, donde tienen los libreros las obras que se venden de baratillo, después de haber aburrido á los que las compran nuevas en casa del editor, ó á los que las habían recibido como regalo de mano del autor, se paseaba Alpinolo con paso teatral, midiendo con la vista á cuantos encontraba, como quien quiere decirles:

— ¿Eres de los míos ó de mis contrarios?

Desgraciadamente para él, tropezó con Menellozzo Basabelleta, aquel que, si el lector lo recuerda, había recibido una buena descarga de Alpinolo, por haberse chanceado un día murmurando de las visitas que hacia Luchino á Margarita. Al verlo, sintió este despertarse en su corazón todo el desprecio que había agitado su pecho cuando aconteció aquel suceso, con cierto resentimiento de vergüenza que se apoderó de él cuando las apariencias absolvían al picante chancero. Parecióle que una mirada maliciosa, que una sonrisa irónica de Basabelleta quería decirle:

— ¿No tenía yo razón?

Él se acercó á Menellozzo respondiendo en voz alta á la insinuación que creía descubrir en su semblante:

— ¿No era injusto empañar la reputación de la señora Margarita?

— Mejor que yo puedes saberlo, respondió el otro con ironía.

Alpinolo reprimió su furor con mucha dificultad.

— Cuidado, gritó, yo te haría tragar esas palabras, si no estuviera cercano el momento de que te desengañes con tus propios ojos.

— ¡Excelente joven! replicó Basabelleta, preciso es que te aproveches de la ciencia del mundo. Creeme, promete siempre cosas generales; de otro modo, si entras en detalles, te expones á encontrarte con nuevos desengaños y á ser juguete de tus baladronadas.

— ¡No! dijo Alpinolo encendiéndose, no son falsedades; no temo que se rian de mí. Te aseguro que las cosas están á punto de estallar, y que nuestros amos no sufrirán siempre ciertas cosas.

— Mas de lo que crees, tendrán que aguantar, porque el diablo ayuda á sus parciales, y hay muchos

que, como tú, cantan recio, pero no valen cuando llega la hora de obrar, la mitad de lo que demuestran sus palabras.

Fácil es concebir la impresion que causó este lenguaje á Alpinolo. Pero creyendo descubrir en sus expresiones un partidario de la revolucion ideal que le sonreía tanto, le apretó convulsivamente la mano, y llevándose a un rincón solitario, le dijo en voz baja, al paso que observaba si alguno los escuchaba:

— A lo hecho pecho. Pero puesto que tú estás por la buena causa, sabe que las palabras tomarán cuerpo, y que las esperanzas no serán vanas. Cuando todo el pueblo está descontento, cuando el tirano está execrado, con una chispa basta para encender el fuego. Y creeme, muchos son los que codician aplicar la mecha.

— ¡Bah! replicaba Menelozzo, era preciso que los nobles no tuvieran tanta flexibilidad en los riñones, ménos servilismo y mas amor al pueblo. Los hombres son como las pomas, no maduran sino sobre la paja. En las chozas se encuentran todavía corazones generosos, pero mientras el alma del gañan se fortifica con los rudos trabajos de la tierra ó del taller, los ricos se enervan con los juegos y los torneos, las cazas, los bailes, la mesa y las bajezas cortesanas. Nuestros antepasados se gloriaban de sostener el pueblo en la creencia de san Ambrosio, de defender sus derechos contra los que querian usurpárselos; pero el mundo empeora envejeciendo, y de aquella santa generacion no queda nada. Apenas le ha echado Luchino un hueso á roer, una embajada, dobla la cerviz al yugo de la servidumbre, se vuelve dulce como la miel, y se va á Verona sin pensar en sí mismo, ni en la patria, ni en otra cosa que debiera escucharle.

— ¡Alto ahí! no lo creas, exclamó Alpinolo con calor. Al contrario, sabe, pero resérvalo, que mi señor no está en Verona. Si ha ido allí ha sido con el objeto de entenderse con Mastino. A estas fechas se halla aquí, en Milan. ¿Te basta eso? ¿estás convencido?

— ¡Bella palabrería! decia riéndose Menelozzo. ¡Pobre muchacho! ¡qué cándido eres, y que desengañados tan crueles te van á dar los que te encajan esas pildoras! Algun criadillo te habrá dado esa noticia falsa. Alguno habrá hablado por hacerte hablar...

— ¿Qué estás ahí ensartando? interrumpia Alpinolo, rojo como el fuego. ¿Por quién me has tomado tú? ¿No debo de dar crédito á mis ojos? Te repito que está aquí, que anoche, en el palacio, yo mismo hablé con Pusterla, con Zurione, en una reunion de personas de alto rango. Se ha tratado de lo que era menester hacer, y todo lo tienen decidido. No se pasará la semana próxima sin que se nos paguen todas nuestras deudas...

Y prosiguió mezclando con la verdad los sueños de su imaginacion.

Pero el otro, incrédulo y únicamente movido por su genio disputador:

— ¡Poco á poco! decia, siempre habrá algo que les estorbe. Y la señora Margarita, esa agüita mansa...

— ¡Cómo! ¿Margarita? ¿Qué charlatanería! continuó el imprudente. Ella cree que no ha llegado la hora de lavar las manchas que empañan el esplendor de la patria. Ella nos ha contado la historia de su abuelo Galvagno Visconti, aquel que en tiempo de Barbaroja recorria la ciudad vestido de bufon, con una bocina en la mano, aparentando que se ocupaba de astrología, en tanto que conspiraba por dar la libertad á su patria. Entonces, añadía ella, los sabios aparentaban la locura, hoy los locos se creen sabios.

Es de advertir que efecto de la habilidad del arquitecto, ó mas bien por mera casualidad, los arcos del pórtico bajo el que discurrían Alpinolo y Menelozzo, están dispuestos de manera que producen el fenómeno de las salas *parlantes*. Algunos de mis lectores han podido observar en San Pablo de Londres, en la galería Gloucester, en la catedral de Girgenti, ó en sitios mas próximos á Milan, en el palacio ducal de Plasencia, y en Mantua en la sala de los Gigantes. Consiste en esto, en que un hombre colocado en uno de los cuatro ángulos del pórtico no puede pronunciar una palabra, por oculta que sea, por baja que la pronuncie, que no llegue, siguiendo una diagonal, al ángulo opuesto. Los físicos explican fácilmente este fenómeno. Nuestra narracion se contenta con decir que alguno se aprovechó de él.

Tranquilo como si el objeto de la conversacion le hubiera sido indiferente, Ramengo de Casale escuchaba de esta manera la discusion de Alpinolo y de Basabellata. Este Ramengo, como hemos tenido ocasion de decirlo mas de una vez, era uno de los aduladores de Luchino; pero sabia perfectamente nadar entre dos aguas para no ser enemigo de los enemigos del príncipe. Sus palabras eran melifluas y sus acciones ambiguas, pero no se declaraba abiertamente contra nadie. procuraba tener entrada en todas partes, y lograba cegar á muchos. En el número de los que no penetraban á Ramengo se contaba Alpinolo quien, enteramente persuadido de la bondad de su causa, creía que era imposible no ser de su opinion. Por eso, ni la sombra de la sospecha entró en su pecho cuando habiéndose separado Menelozzo se vió abordado por Ramengo, que habia oído lo bastante para adivinar lo demás.

— ¡Imprudente! dijo este último, estas hablando con Menelozzo... ¿Le habrás dicho?... Y le hacia un signo amistoso con aire de inteligencia. — ¿Estás seguro de que es de los nuestros? ¿No te ha dado Franciscolo alguna palabra misteriosa para reconocerlo?

— No, respondió Alpinolo.

Y el otro continuó:

— Zurione me la ha dado á mí, y no creo haber per-

dido el dia, aunque no he hablado tanto como tú. ¿Con quién has conversado?

Alpinolo le nombró á muchos de aquellos á quienes habia hecho confianzas, y á otros á quienes pensaba participar su secreto.

Ramengo, que no desperdiciaba una palabra, le dijo:

— ¿No has hablado con Galeas ó Barnabe?

— No, pero alguno de los que asistieron á la reunion anoche lo har...

— ¿Y no sabes tú quienes entre estos tendrian bastantes relaciones con los príncipes para ponerse en relacion con ellos, ó quienes son los jóvenes resueltos que se lanzarán como tú y yo en la empresa con la cabeza baja?

— ¡Cómo! proseguía el imprudente, ¿no están bien con ellos los dos Aliprandi? ¿Dónde se hallarán corazones mas generosos que los de Besorro y el señor de Castellotto?

— ¡Milaneses! exclamaba el otro sacudiendo la cabeza. ¡Noble raza, llena de corazon! pero para dar la señal del movimiento, para querer con resolucion, no tiene fuerza, y es preciso acudir á los de la provincia.

— Por eso tenemos con nosotros á Tornielo de Novara. Hoy hablaba con...

Así descubria lo que sabia y lo que imaginaba, dando cuerpo á los engendros de su fantasía. Y entusiasmado por haber hallado un nuevo apóstol, abrazó á Ramengo con cordialidad, y se alejó para buscar otros prosélitos. Entretanto se dirigió Ramengo á palacio, y poco despues era recibido por Luchino á quien habia enviado á decir que tenia cosas de la mayor importancia que comunicarle. Pero ya es hora de dar á conocer al lector lo que era este miserable.

Ramengo habia tomado el nombre de Casale, de la ciudad, donde habia nacido, en el Monferrato, y de la que habia sido sacado desde la cuna, cuando en 1299 se habia sublevado este país contra Mateo Visconti para ponerse en manos de los Pisanos y de Giovanni, marqués del Monferrato. Su padre, soldado aventurero, sin mas fortuna que su espada, habia ido á Milan á ponerse á sueldo de los Visconti. Cuando murieron el campo de batalla, Ramengo siguió las huellas de su padre, único camino que pudiera conducirlo á la fama y á la opulencia que ambicionaba con sumo ardor.

Los Pusterla, cuyo poder era grande en el Monferrato, habian tomado bajo su proteccion al padre de Ramengo y á Ramengo mismo; por ellos habia adquirido influjo y un mando en la milicia, pero era de esas almas mal nacidas á quienes pesa el reconocimiento, y los beneficios que habia recibido de los Pusterla habian atesorado en su corazon un odio terrible.

Entretanto estalló la guerra entre los güelfos y los gibelinos, cuando el papa levantó un ejército para sostener la excomunion que habia lanzado contra Mateo Visconti. Este entregó el mando á su hijo Galeas, que rompió con vigor las hostilidades. Como se temia que el enemigo atravesara el Adda para penetrar en Milan, se formaron cuerpos de observacion á las márgenes de este rio, y se fortificaron las fortalezas circunvecinas. El padre de Franciscolo Pusterla tenia el castillo de Brivio, un fuerte levantado en Olginate y la ciudadela de Lecco. Deseaba vivamente que su hijo comenzara el noviciado de las armas, le entregó el mando de esta última plaza, y le dió por teniente á Ramengo.

Esto acontecia en 1322.

En aquel tiempo Lecco no era casi mas que un monton de ruinas. Víctima de una de esas venganzas de partido, tan frecuentes entonces, la ciudad habia sido castigada con una destruccion total, por el crimen de haber abrazado la causa de los Torriani. Entre los habitantes de Lecco mas adictos á esta familia se distinguia sobre todos Gualdo de la Magdalena. Las desgracias de aquella época habian extinguido su casa: él murió peleando. Su hijo único, Giroldeño, puesto en rehenes, habia logrado escaparse, y acababa de alistarse recientemente en las banderas de los güelfos. De esta familia solo quedaba en Lecco una hermana de Giroldeño, la joven Rosalía, á quien habia querido con ternura, y á quien amaba aun mas vivamente desde que sus desdichas lo habian separado de ella.

Rosalía habia crecido en años y belleza, y su alma sentia esa violenta necesidad de amar que la desgracia engendra en los corazones delicados, y que se inflama mas y mas con la dificultad de satisfacerla.

Franciscolo Pusterla, muy joven á la sazón, habia conocido á Rosalía, que tenia su misma edad. Su belleza (¡la belleza de una doncella tiene tanta parte en los sentimientos que suscita!) habia aumentado la compasion que habian inspirado al joven los infortunios de Rosalía. El la miraba como á una víctima inocente de las discordias civiles, mártir de una faccion á la que su familia habia pertenecido; él se complacia en verla, la trataba con íntima amistad, y el artificio delicado de su benevolencia hallaba medios decorosos de satisfacer las necesidades de la desgraciada huérfana. Estas atenciones fueron tan ardientes, que los que no creen en la generosidad desinteresada, y su número es crecido, hablaba sin rebozo de los amores de Franciscolo y de Rosalía.

Ramengo la vió tambien, y la amó... Pero se profana el nombre de amor, fuente de tantas y tan generosas acciones, aplicándolo á los sentimientos que experimentaba Ramengo hácia la hermana de Giroldeño. Cálculos, medios de fortuna y ventajas para el porvenir, he aquí lo que veía él, donde los jóvenes de su edad no veían mas que pasion, fantasmas brillantes y placéres. Levántarse mas alto que lo que permitia la

bajera de su nacimiento, prosperar por todo camino, lícito ó criminal, adquirir empleos en la córte, tal era el único norte de su conducta. Habia visto muchas veces á la fortuna decidirse con sus vicisitudes, tan pronto por los Visconti como por los Torriani. Aunque el poder de los primeros pareciera en aquel momento asentado sólidamente, ¿quién podría responder de que un capricho de la ciega diosa no lo pondria cuando ménos se pensara en manos de los segundos? Aliarse con los Visconti en el tiempo de su poderío, era un sueño que la imaginacion podia acariciar, pero que debia rechazar como una loca esperanza la fría razon. Mas prudente era buscar la alianza de los Torriani: si triunfaban estos, ¿qué no deberia esperar de su gratitud el hombre que no habia tenido reparo en unirse á ellos en los dias del infortunio! Si la suerte no debiera cambiar, Rosalía era una persona muy oscura para que un matrimonio con ella despertara celos ni sospechas contra un servidor de los Visconti; y si llegaban á ser derribados, no solo seria ella para Ramengo la tabla de salvacion que lo librara del naufragio, sino que podria llegar á las márgenes floridas del favor de los Torriani triunfantes. Habia además apercibido el afecto que tenia Pusterla á Rosalía, y él era uno de los que no creían en la inocencia de aquella ternura. El odio que tenia á Franciscolo fortaleció el proyecto de union, con el objeto de quitar la querida á su joven capitán. Pidió pues la mano de Rosalía á los parientes lejanos que tenian á su cargo el cuidado de la doncella. Por librarse de este peso, por hallar un apoyo, y con la esperanza de que cesaran las persecuciones que sufría Giroldeño, consintieron en este matrimonio. Cuando quedó arreglado, Franciscolo hizo frente generosamente á todos los gastos; pero las sospechas de Ramengo tomaron mas consistencia con esto, y su aversion se acrecentó.

Rosalía, como sucedia entonces, y como aun sucede ahora por desgracia en la mayor parte de los casos, no tuvo noticia de la pretension hasta despues que todo estuvo arreglado. Ella no conocia á Ramengo: este no habia hecho nada por conquistar su afecto; pero cuando se vió unida á él por los lazos matrimoniales, convirtió su deber en sus delicias, y dichosa con encontrar un objeto para la llama interior que se habia alimentado por sí misma dentro de su pecho, amó á su marido con todo el ímpetu de la primera pasion.

Ramengo mismo, á pesar de la groseria de su alma, no pudo dejar de amar á aquella virgen ingenua, con quien se habia casado. Un instante gozó de las dulzuras de un cariño correspondido, y hasta llegó á pensar que buscara toda su felicidad en el seno del hogar doméstico, en el cumplimiento de los deberes que le imponia esta union.

Pero sus virtuosos arrebatos no fueron de larga duracion. Extravagante, desigual, caprichoso, sus caricias y su amabilidad se mezclaron pronto con la cólera y los tratamientos brutales. Conocia sus faltas, pero lejos de arrepentirse de ellas se estimulaba á sí mismo para agravarlas. Lejos de admirar la divina paciencia con que Rosalía soportaba su áspero tratamiento, esta paciencia le hizo creer que ella se vengaba haciéndole traicion. Crecieron sus primeras sospechas, y las acogió como si fueran la justificacion de su odio.

Pusterla se paseaba con mucho gusto con Rosalía por las márgenes del rio: su corazon amaba aquella alma sencilla y apasionada, y cuando hablaba de ella, lo hacia con ese acento caloroso de la juventud, que no sabe ni temer ni disimular. Ramengo ordenó á su esposa que no recibiera bajo ningun pretexto en su casa á Pusterla, y le mandó al mismo tiempo que se guardara muy bien de decir que daba él esta orden. Esto era sumergirla en el abismo de doblez y disimulacion, que causa tanto tormento á las almas leales. Sus sufrimientos no se ocultaban á Ramengo, que sentia crecer en él su bárbara desconfianza.

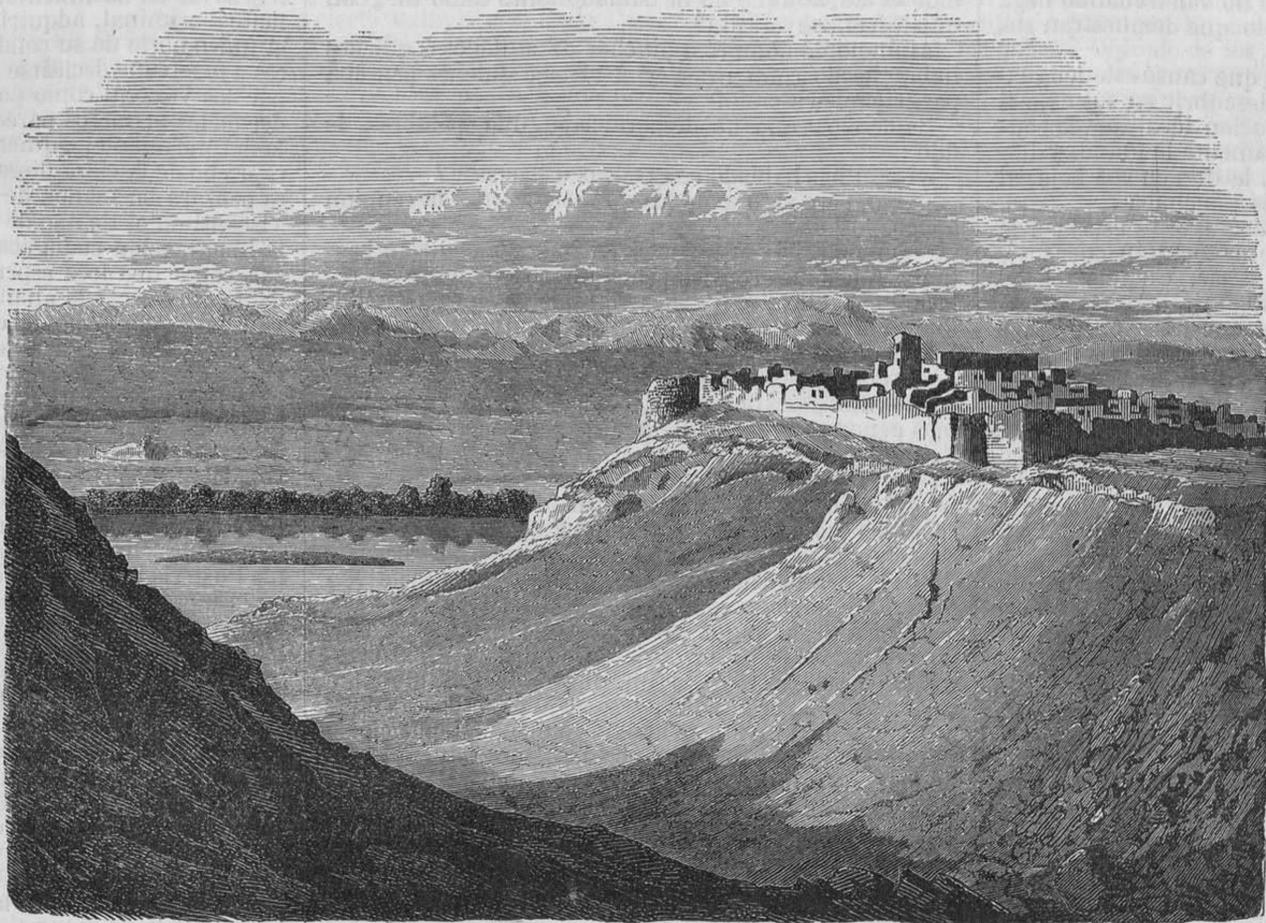
En aquel tiempo, la victoria de Vaprio, alcanzada por los Visconti, destruyó las esperanzas de los Torriani, y dispersó á sus partidarios. Ramengo fué uno de sus mas crueles perseguidores. Rosalía, que habia creído que las súplicas conmovieran á su marido, se atrevió á interceder en favor de Giroldeño; pero la insolencia de Ramengo no reconocia límites: rechazó brutalmente á la suplicante Rosalía. Como ya no era necesaria para su fortuna, se disgustó de ella, y sin pena se hubiera desembarazado de su mujer con un crimen, si hubiera podido prometerse el ocultarlo á todo el mundo, y vender el resto de compasion, que no pueden ménos de sentir los corazones mas empedernidos en el momento de inmolar una víctima inocente.

Una excursion en la Nubia.

El Nilo es el camino principal del Cairo hácia la Nubia. Limitado al Este y al Oeste por la cordillera arábiga y la cordillera libica, el Egipto, en su extension del Norte al Sur, no ofrece mas que un valle estrecho, irregular, por cuyo centro corre el Nilo majestuosamente. El camino de tierra, mal abierto, sigue las ondulaciones del rio: unas veces presenta grandes cuevas, y otras se halla tan encerrado entre la orilla del agua y el corte de las montañas, que forma como un desfiladero, y es poco practicable para los camellos. Además, no acorta la distancia lo bastante para compensar las muchas dificultades é inconvenientes que hay en él, y por eso los viajeros que van hácia el alto Egipto, prefieren por lo comun la via acuática.

La navegacion es tambien incómoda y larga, y sobre todo muy monotoná. Los transportes que mas se usan para los viajes largos, son los buquecillos llamados *djermes*, toscamente contruidos con una carroza á popa y de vela latina, guiados por un *rays* ó patron, con una tripulacion de cuatro á seis hombres. Estos barquichuelos marchan lentamente; solo el quietismo musulman puede contentarse con ellos. La perspectiva que tanto divierte en los viajes por agua, es de una triste uniformidad en la línea del Nilo; la diversidad es el alma del paisaje. Un cielo azul, y profundo, sembrados de un verde transparente, y que brillan al sol como un campo de esmeraldas; de tiempo en tiempo alguna choza desvencijada de un fellah; á cada lado del cuadro montañas desiguales, y por último en el fondo el terso cristal del rio Blanco, son ciertamente bellezas pintorescas y de un carácter poético, pero que valdrian mucho mas con los contrastes que no admite la naturaleza egipcia de una sombría igualdad en su constitucion como la esfinge monolito, que guarda las pirámides de Egipto. Todo anuncia la inmovilidad en ese Egipto grave y taciturno. Diríase que la naturaleza y los hombres se durmieron cuando los Faraones, y que solo se han despertado ayer en medio de las ruinas que el tiempo acumuló durante su sueño. Al contemplar esos obeliscos, esos templos, esos palacios y tantas obras maestras mutiladas, admirables productos de una civilizacion brillante, se cree uno transportado á un cementerio, donde la nada toma las apariencias de la vida por un prestigio de la imaginacion y de la memoria. Tales son las impresiones que entristecen al viajero en medio del Egipto.

El Saïd presenta otros aspectos. La vegetacion es mas variada y vigorosa, y hasta las ruinas tienen una grandeza que eleva el espíritu hasta la admiracion y el entusiasmo. No puede uno ménos de conmoverse profundamente al ver esos esqueletos de ciudades cuyos magníficos restos atestiguan el antiguo esplendor de esta otra parte del Egipto. Al lado de soberbios monumentos que traen á la memoria las vicisitudes del país, egipcio, griego y asiático alternativamente, y cuyo genio se manifestó en sus diferentes fases sociales por el brillo de las artes nobles y útiles, por la difusion de un lujo



La ciudad desierta de Ibrim, en la Nubia.

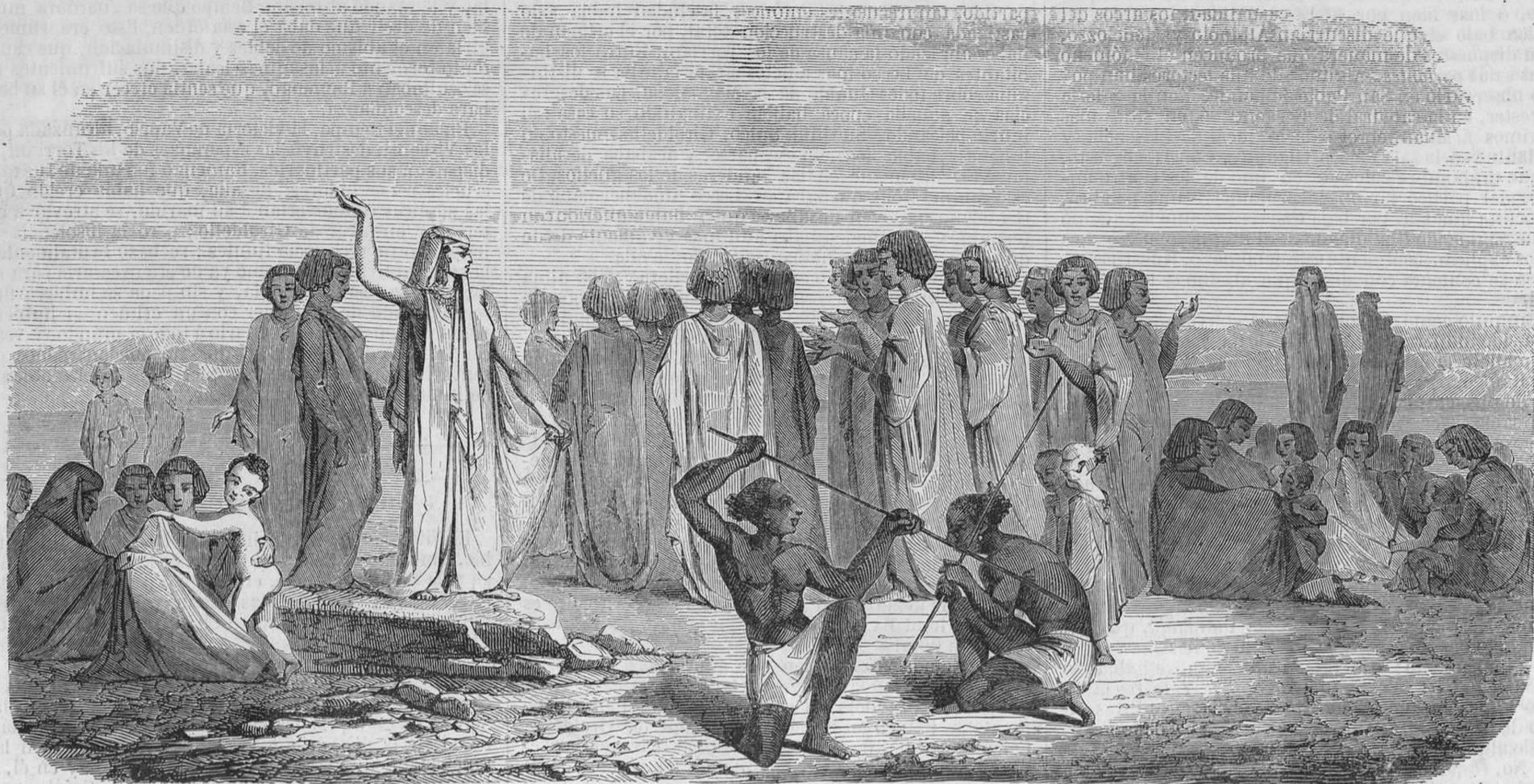
excesivo, los recuerdos de la vida solitaria de la Tebaida, forman una oposicion tranquila. Tebas, la antigua metrópoli del Egipto, es todavia en el dia de hoy un monton de ruinas sorprendente, á pesar de las muchas pinturas que de ella se han hecho. Entre sus restos se encuentran vestigios de la magnificencia que celebraron á porfia los poetas antiguos; pero nada recuerda ya el vasto recinto de la ciudad de las cien puertas, de la que salian á la vez un millon de soldados, con veinte mil carros de guerra. El viajero se queda penetrado de un respeto profundo al pensar que esos lugares, abandonados hoy, fueron la cuna de todas las artes, emporio de todos los conocimientos humanos.

De Tébas hasta Darau que forma al Sur el limite del Saïd, la fertilidad de la tierra disminuye por grados. Algunas ruinas interesantes se elevan todavia sobre la orilla izquierda del Nilo, principalmente en Esneh y en Edfu, donde se ven dos templos, de los cuales uno puede considerarse como el monumento mas hermoso de la antigüedad egipcia. La corriente del rio, cerca de Silsis, se hace mas escabrosa, pues está erizada de puntas de rocas.

En Darau la vegetacion se acaba de repente y casi desaparecen tambien las habitaciones. El Nilo, encajonado entre dos riberas desiertas y arenosas, corre con mas rapidez. Apenas se descubren algunas palmas raquíti-

esta catarata se efectúa con cuerdas por medio de un canal que existe en la orilla izquierda. En ménos de ocho horas unos cuarenta nubianos vigorosos remolcan las embarcaciones mas pesadas hasta la altura donde salta el Nilo.

Birbi es el primer pueblo nubiano que se encuentra mas allá de la catarata, y en él finaliza la jurisdiccion de los cachefs ó gobernadores. El Norte de la Nubia tiene mucha analogía con el Egipto meridional por lo que hace al clima. Los vientos del Sur son allí en general ménos violentos que en el medio y el bajo Egipto, y las enfermedades epidémicas son tambien muy raras. Esta parte de la Nubia, comprendida entre las cataratas primera y segunda, estuvo en otro tiempo bien cultivada, como lo atestigua la importancia de las ciudades de la antigüedad, cuyas ruinas subsisten todavia; pero invadidas por las arenas del desierto, las dos orillas del Nilo no presentan mas que una lengua de tierra cultivable que apenas basta para mantener á un número de habitantes muy escaso. El aspecto general del país es de una hermosura severa. La region granítica, interrumpida delante de Debut, se halla reemplazada por un terreno arcilloso. Las montañas, tostadas por el sol, tienen un color oscuro. Frescas aldeas, muy aseadas comparativamente á las de Egipto, se abrigan bajo plan-tíos de palmeras, haciendo resaltar con su risueña fiso-



Fiestas y regocijos de la circuncision, en una aldea cerca de Ibrim.



Nubiana moderna de Derr.

trazan en una serie de bajos relieves muy bien ejecutados, las fases mas agitadas de la dominacion egipcia en la Nubia. Una porcion de monumentos prueban la estrecha incorporacion de este pais al Egipto faraónico. A pesar de la completa conformidad de ambos pueblos, un violento antagonismo impidió la fusion de las dos razas, y en un largo período histórico, vemos al Egipto y la Nubia alternativamente dueños y vasallos unos de otros. Unos setecientos años ántes de la era cristiana, el Egipto estuvo sometido á una dinastía etiope durante cuarenta y cuatro años.

Recorriendo el Egipto, se conoce que la corriente de la civilizacion moderna ha subido el Nilo. Ya en algunos sitios se elevan fábricas de azúcar, en los restos de monumentos antiguos. La rueda hidráulica de regar los campos ha desaparecido, y en su lugar se usan las bombas de vapor; una transformacion profunda, que borraré hasta los últimos vestigios del pasado, se anuncia ya en la sociedad egipcia. En la Nubia sucede lo contrario: respetada por la conquista, la Nubia no ha sufrido la invasion de las civilizaciones extranjeras, y los nubianos han conservado el tipo original de su raza en toda su pureza primitiva. Sus rasgos recuerdan, por una completa semejanza, la antigua fisonomía nacional, que nos ha sido transmitida por los artistas egipcio-etíopes, en las colosales estatuas y los bajos relieves que adornan los monumentos antiguos. El rostro es ovalado y largo, la nariz aguileña, algo redonda por la punta, el labio superior un poco grueso, la barba hundida, los pómulos un poco salientes y los ojos pequeños y muy vivos. Una perfecta conformidad del ángulo facial, de las líneas, y del corte del rostro, identifica completamente la raza moderna con la raza primitiva de los habitantes de la Nubia, como podrán notarlo nuestros lectores con los dos tipos comparados, antiguo y moderno, que ponemos á su vista. Hasta el



Nubiana copiada de un monumento antiguo de Tébas.

nomía la aridez de los antiguos centros de poblacion, y la imponente grandeza de los admirables monumentos que estos encierran. Las tierras se hallan sembradas de durah y de mijo, con lo que hacen pan. De Kalabchi hasta Derr, las casas generalmente son de piedra, pero están tan poco alineadas, que no pueden dar la idea de aldeas ó de pueblos.

Como el Egipto, la Nubia es muy rica en restos arqueológicos. Una identidad perfecta remonta hácia un centro comun las artes y la filosofía del Egipto y de la Nubia; la historia religiosa y moral de los dos pueblos se esclarece por los mismos monumentos.

Champollion, que estuvo en Kalabchi en 1829, descubrió en el gran templo de esta ciudad, toda una nueva generacion de dioses, á cuyo beneficio pudo contemplar las formas de la divinidad entre los egipcios. La historia política del Egipto se esclarece tambien con los monumentos de la Nubia. Los speos ó grutas sepulcrales de Bet-Ually, cerca de Kalabchi y de Ibrim, re-

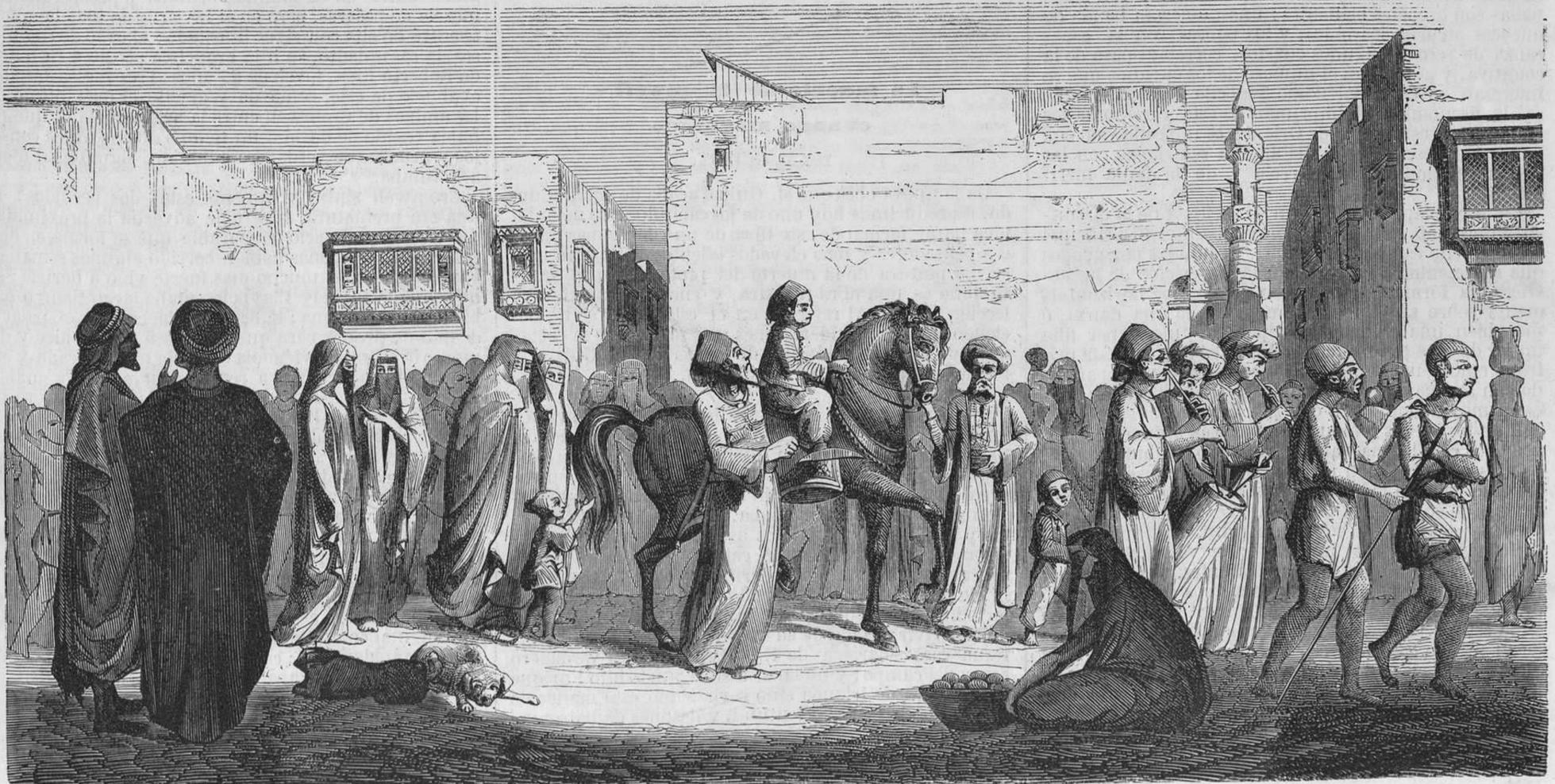


Nubiano copiado de un monumento de Tébas.



Nubiano moderno.

tocado que es una parte tan inconstante de la moda, presenta la misma disposicion, los mismos detalles y la misma fafectacion minuciosa. Job Lodolfo en su *Historia de Etiopia*, cuenta que los etíopes se cuidaban mucho el pelo; que le untaban con aceite para darle lustre y finura, y que tanta era su vanidad sobre este punto, que por la noche, para no desarreglar la simetría de su tocado, recostaban la cabeza sobre una horquilla y no sobre una almohada. Esta costumbre reinó tambien entre los egipcios, y en las antigüedades de ambas naciones se han encontrado muchas muestras de ese mueble extraño. Sin embargo, quizá no era en el fondo tan pueril como parece, y quizá puede justificarse por un motivo ménos frívolo. Sabido es que desde muy antiguo, la raza africana ha estado sujeta á la esclavitud; es probable que los nubianos en particular, colocados bajo el ecuador, y por consiguiente sometidos á las mismas influencias climáticas que la raza negra, no han querido que es confundieran con una



Fiestas y regocijos de la circuncision en el Cairo.

raza esclava que se distingue por una cabellera lanosa, y que, por un sentimiento de noble altivez, quisieron siempre recordar en ellos el tipo de la raza caucasiana, la raza libre por excelencia, la que posee como uno de sus rasgos característicos una cabellera fina, lisa ó rizada. Nada hemos visto que nos autorice á creer que se perpetúe entre los nubianos modernos el uso de la horquilla de que habla Job Lodolfo; pero ciertamente han debido suplir este uso con algun otro medio de igual eficacia.

En esta indebilidad del tipo nacional, y en esta persistencia de la moda, es fácil reconocer un pueblo altivo, celoso de su independencia y que resistió siempre á la conquista. La historia moderna de la Nubia manifiesta esta tendencia enérgica del carácter nacional. Invadida y destrozada repetidas veces por los turcos, la Nubia ha rechazado obstinada su dominación, y aun cuando tuvo que sufrir el yugo de la fuerza, no perdió nunca nada de su nacionalidad. El despotismo de los mamelucos no ha dejado profundas huellas de su dominación en la Nubia. La expedición que Mehemet-Ali dirigió contra los nubianos en 1822, acabó de arruinar á este desgraciado pueblo que, sometido de hecho al Egipto, regido por las mismas leyes, subyugado casi enteramente por el islamismo, no por eso ha dejado de conservar hasta hoy su fisonomía propia, y un carácter á parte entre los súbditos del virey.

Derr es ahora la ciudad mas considerable de la Nubia; en ella reside el gobernador, y ella es el centro de una actividad comercial bastante grande. Esta importancia, que solo es relativa, proviene de las tierras cultivables que la rodean, y de la proximidad de Korosco, punto de reunion del camino del desierto y del Nilo. Las cercanías se hallan cubiertas de palmeras que producen ricos dátiles, uno de los principales artículos de comercio de Derr, que se halla casi exclusivamente en manos de una colonia de árabes, establecida en el país hace mucho tiempo.

La vida social en la Nubia es poco complicada; como en todas las sociedades musulmanas, el fondo de ella es la religion: las fiestas tienen una solemnidad cuyos principales efectos proceden de la sencillez verdaderamente antigua, de las formas, de la calma y gravedad de los que las celebran. Bajo este punto, no hay ninguna comparación que establecer entre las ceremonias nubianas, y las que nacieron de las ideas musulmanas ó cristianas. Allí no se ven ni las estrepitosas procesiones del Norte del Egipto, ni la ostentosa pompa del culto católico, la costumbre de la circuncision, que ocupan gran lugar en las prácticas religiosas de los pueblos orientales, se celebra allí desde tiempo inmemorial con regocijos privados de un grande aparato. Para tomar un término de comparación en un país vecino de la Nubia, dirémos que en el Cairo, verbigracia, el niño, vestido con sus mayores galas, es paseado en triunfo sobre un caballo, sostenido por sus parientes mas allegados que se hallan en la imprescindible obligacion de asistirle en el cumplimiento de ese acto importante de su religion. Un séquito numeroso de hombres, mujeres y niños, vestidos igualmente de gala, acompañan al personaje principal de la fiesta, formando con sus alegres exclamaciones un coro estrepitoso, sobre el cual se destacan los agudos sonidos de las flautas, y los sordos tamboriles que llevan el compás con grande trabajo. Cuando el tierno niño pertenece á una familia pudiente, el séquito ofrece un soberbio espectáculo; las mujeres llevan vestidos de colores fuertes, y van adornadas con oropeles brillantes; una numerosa banda de músicos atruena los oídos, y los pobres con la esperanza de recoger algunos cuartos, corren al paso de la comitiva, y aumentan el número de los curiosos que se interesan en este espléndido regocijo. Cualquiera que sea la fisonomía que impriman á esta ceremonia los trajes y las costumbres de Oriente, es imposible sin embargo no descubrir en ella alguna semejanza con las fiestas religiosas de la Grecia y de la Italia meridional.

En la Nubia, por el contrario, la fiesta de la circuncision presenta un carácter muy distinto. El principal papel en ella es para las mujeres; reunidas por grupos que representan cada una, por la disposicion de las actrices, la forma de una rueda que vuela horizontalmente sobre su eje, ejecutan cantando una danza, ó mas bien una marcha acompasada, guiada por una mujer de mas edad colocada fuera del círculo. Esta matrona entona un himno que el coro repite acompañando con las manos, y marcando el compás con un gracioso movimiento de la cabeza y las caderas.

En estos juegos toman parte tambien algunos negros, armados con largas varillas de cuero de hipopotamo, con las cuales se dan de golpes recíprocamente. Cada latigazo deja en la piel un rastro blanco, que á veces cambia de color y se tiñe de sangre. El dolor es agudo, pero el paciente sin soltar un grito, continúa con el rostro risueño, y este imperio de la voluntad sobre el dolor es el triunfo de los combatientes. Sin embargo, parece que el estoicismo de los negros no es del todo desinteresado, pues halla casi siempre su recompensa en la estimación y las vivas simpatías de las bailarinas de su misma casta. Otros combaten con palos largos, y aunque este ejercicio presenta poco interés para los europeos, es de alabar la sorprendente agilidad y el vigor que despliegan en él los campeones. La demás gente asiste á estas diversiones á la sombra fumando y tomando café, en tanto que los actores permanecen bajo los rayos de un sol casi perpendicular.

Empero al conservar su fisonomía original, su carácter y costumbres, esa parte de la Nubia que se de-

signa con el nombre de Nubia turca, no ha conservado ninguna de sus artes, ninguno de los elementos de civilización que, en los tiempos faraónicos la permitian rivalizar en esplendor con el Egipto, como lo prueban los numerosos y bellos monumentos que se encuentran en ella todavía. La población, cuyo número se calcula en unos dos millones de habitantes, parece haber disminuido en grandes proporciones, pues se encuentran despobladas hoy muchas partes del territorio, que sin duda alguna estuvieron habitadas antiguamente. El ejemplo mas curioso de esta desercion, se halla en Ibrim, la antigua Primis de los geógrafos griegos, situada en la orilla derecha del Nilo, á la punta meridional de una cordillera de montañas que se eleva como una muralla cerca del rio. Esta ciudad, que en otro tiempo tenia una grande importancia militar por causa de su fuerte base, fué objeto constantemente de los ataques de las armas turcas. Macrizi y Abu-Schamah cuentan que, desde que los árabes ocuparon el Egipto, Assuan, la última guarnición egipcia al Sur, se hallaba encargada de contener á los nubianos, siempre dispuestos á invadir el Said. Despues de la revolución que destruyó á la dinastía de los Fatimitas, se descuidó ese punto importante y volvieron á principiar las invasiones. Por los años 1172 de nuestra era, el sultan Saladin rechazó á los nubianos hasta mas alla de Ibrim, y esta ciudad fué tomada y devastada; desde esa época la antigua plaza nubiana no ha sido mas que un montón de ruinas. Aun se ven los restos de una antigua basílica cristiana del V ó VI siglo, que presenta todo el carácter de la arquitectura bizantina; tiene tres puertas y una torre cuadrada de piedra de color de rosa; las columnas que forman la nave principal, eran de la misma piedra, así como sus capiteles. — La ciudad de Ibrim se halla completamente desierta en el día.

El pueblo de Abu-Sembel se halla situado cerca de la segunda catarata, que marca el límite de la Nubia del Norte, y se recomienda á la atención de los arqueólogos por dos monumentos de mucho interés tanto para el arte como para la historia. El mas pequeño, colocado al Norte, es un templo que mandó construir Nane-Ari, esposa del gran Sesostri, y que dedicó á la diosa Ator (Venus) cuyo culto solia mezclarse con el de la diosa Tmei (Verdad ó Justicia), como tuvo lugar en el templo pequeño de Tébas, lo que indica que, en las ideas mitológicas de los egipcios, el principio de la belleza se identificaba con el de la verdad y la justicia. El templo principal, al Sur, es indudablemente el monumento mas curioso y completo de la civilización egipcia. La entrada se halla adornada con cuatro figuras colosales sentadas, monolitos de veinte metros de altura. El interior, practicado en la montaña, encierra en su vasto recinto una profusion de obras de arte sorprendentes.

Al ver tantas maravillas arruinadas y dispersas en el territorio de la Nubia, no se puede ménos de deplorar que el estado de ignorancia y de postracion en que gime ese desgraciado pueblo, no permita contar con su conservación. Infaliblemente, el Egipto se halla destinado á brillar entre los pueblos civilizados, pero; ¡la Nubia!... ¿Dónde está la mano poderosa que podrá lanzarla en la vía del progreso? Sin duda alguna se pasarán muchos siglos todavía ántes de que se alze de nuevo sobre las orillas del Nilo inferior una de esas grandes dinastías, que haga que se repitan en la Nubia las inmortales obras de los Faraones.

C. M.

La muerte de Cromwell,

CUADRO HISTORICO.

POR M. GUIZOT.

De la nueva obra que M. Guizot acaba de dar al mundo, reproducimos hoy uno de los capítulos que mas alta idea harán formar de este libro de uno de los mas grandes pensadores y mas elevados talentos de nuestra época. La pintura de la muerte del protector de la Gran-Bretaña es una obra maestra, y encierra una elevada lección moral. Al referirla en el estilo de Tácito, haciendo que las consideraciones mas profundas se destaquen de la sucinta pintura de los hechos, M. Guizot se ha elevado á la mas alta elocuencia.

Cromwell hacia ya algunos meses no consagraba á los cuidados de su gobierno ó á los de su ambición ni todo su tiempo ni toda su inteligencia. Su familia, sus hijos, sus intereses y sus destinos le habian siempre preocupado gravemente. Sin ardor ambicioso y sin ilusión paternal no se engañaba, ni respecto á sus talentos y méritos, y trataba los asuntos que á ellos se referian mas bien como padre celoso y previsor que como soberano impaciente por derramar sobre los suyos el brillo de su poder. Conociendo la indolencia natural y la indiferencia política de su primogénito Ricardo, lo dejaba vivir al lado de su suegro, M. Mayor, en la antigua casa solariega de Hursley, como un verdadero señor del campo; y no lanzó á su segundo hijo Enrique al gobierno de Irlanda sino revistiendo este mando de formas modestas, con lentitud, y despues de haber experimentado su capacidad. Una vez hecho protector, quiso tener y tuvo una corte; pero la austeridad de su partido, el carácter militar de su gobierno, las costumbres, los gustos y las desconfianzas de la mayor parte de sus adictos le contenian dentro de límites bastante

estrechos; la familia de Cromwell fué el centro y el principal elemento de su corte. Su mujer Isabel Bourcier era poco apta para brillar en ella; era una persona sencilla, tímida, mas interesada que ambiciosa, recelosa del porvenir, preocupada en asegurarse recursos, y celosa de su marido, que aun cuando vivia bien con ella le proporcionaba justos motivos para ello.

Lady Dysart, que fué mas tarde duquesa de Lorderdale, mister Lambert, y tal vez otras cuyos nombres son todavía mas inciertos, habian tenido ó tenían con Cromwell una intimidad poco ruidosa, pero no enteramente ignorada; se le atribuian hijos naturales, y las inquietudes conyugales de Lady Isabel eran tan vivas, que la reina Cristina de Suecia, cuyo viaje á Londres fué anunciado despues que abdicó, fué objeto de los mismos recelos. El protector contaba mas bien con sus hijos que con su mujer para formar su corte: llamó á Londres á su hijo Ricardo, y le hizo nombrar miembro del Parlamento, consejero privado, canceller de la universidad de Oxford. Su yerno John Cloypole era un hombre de costumbres aristocráticas y de placeres elegantes, unido como Ricardo á muchos caballeros. Despues del casamiento de sus dos ultimas hijas con lord Faulcombridge y mister Rich, Cromwell tenia tambien en torno suyo cuatro familias jóvenes, ricas, deseadas de gozes y de hacer gozar á las que le rodeaban de la magnificencia de su suerte. El por si tenia afición á la sociedad, á las reuniones brillantes, y especialmente á la música, cuyos profesores hacia esfuerzos por atraerse, oyéndolos con placer en sus conciertos.

Su corte vino á ser en derredor de sus hijas numerosa y animada: una sola de ellas, la viuda de Ireton, que fué mas tarde lady Fleetwad, republicana ardiente y austera, tomaba poca parte en estas fiestas, y deploraba la tendencia monárquica y mundana que prevalecía en la familia como en la política del protector.

En medio de los cuidados de su gobierno, Cromwell gozaba con algun orgullo de esta prosperidad doméstica. Las aficiones de familia no le habian faltado: sin embargo, en julio de 1648, durante el curso de la guerra civil habia perdido el mayor de sus hijos, joven capitán de diez y nueve años, que llevaba tambien el nombre de Oliverio, y que fué muerto en un encuentro con los escoceses. No se encuentra durante diez años despues de su muerte ningun recuerdo de este joven; pero en 1658 la fidelidad del amor paternal se manifiesta en el corazón de Cromwell enfermo, oyendo leer un pasaje de la carta de San Pablo á los tilipos: «Este texto, dijo, me ha salvado una vez la vida, cuando mi hijo primogénito, mi pobre Oliverio, fué muerto, successo que me hirió el corazón como una puñalada.»

En 1654 Cromwell perdió tambien á su madre Isabel Steward, mujer de talento y de virtud, á la cual no habia dejado de profesar, demostrándoselo, un grande respeto. La anciana señora desconfiaba de la fortuna de su hijo, á la que no se asociaba sino con un sentimiento de modestia y de inquietud.

Tuvo alguna dificultad en decirle á que viniese á habitar á Witehall; vivia en una zozobra permanente, esperando siempre alguna catástrofe, y gritando siempre que oia un tiro: «¿han disparado contra mi hijo?» A su muerte manifestó el deseo de ser sepultada sin pompa y en una modesta iglesia; pero Cromwell dispuso la hiciesen en la capilla de Enrique VII, de la abadía de Westminster, unas magníficas exequias. Durante cuatro años, desde 1654 á 1658, ninguna desgracia sufrió en su familia; brillaba y prosperaba sin mezcla de pesares, pero en el invierno de 1658 la muerte entró en ella con rigor inusitado; al cabo de tres meses de casamiento, su hija Francisca perdió á su marido Roberto Rich, joven de 25 años. Tres meses despues el abuelo de este, conde de Warwick, el mas íntimo de los amigos de Cromwell entre la aristocracia, y que no habia cesado de darle á un tiempo mismo útiles consejos y pruebas de verdadera adhesión, siguió á su nieto á la tumba.

Cromwell sintió vivamente estas dos pérdidas: la una era prematura, la otra le advertía la proximidad de la vejez y el vacío irreparable que se forma en derredor de ella. Apenas habian corrido algunas semanas, cuando un golpe mucho mas fuerte vino á herirle: su hija predilecta, lady Claypole, estaba largo tiempo habia débil y enferma; habíase establecido en el palacio de Hamptncourt para que disfrutase allí del aire y del reposo del campo: viéndola cada dia mas delicada y enferma, el protector fué á residir á su lado para cuidarla de cerca y constantemente: ella tenia para su padre un vivo y especial atractivo; era una persona de sentimientos nobles y delicados de un talento elegante y cultivado, fiel á sus amigos, generosa en sus adversarios, tierna con su padre, á la vez altiva y orgullosa por su suerte, y que disfrutaba toda su intimidad y confianza. Muchas veces fatigado, ora de los hombres que se agitaban en torno suyo, ora de sus propias agitaciones, Cromwell tenia gran placer en reposarse en la sociedad de esta alma tan extraña á las luchas brutales y á los actos violentos que habian ocupado su vida y la llenaban todavía. Pero este placer se trocó en un amargo dolor: el mal complicado é ignoto de lady Claypole se agravó rápidamente; cayó en crisis nerviosas; en medio de las cuales dejaba estallar ante su padre unas veces sus crueles sufrimientos, y otras mostraba la tristeza y la ansiedad piadosas que experimentaba con este motivo.

Siempre asiduo al lado de su hija, Cromwell soportaba, comprimiéndolas con su fortaleza de alma, estas impresiones dolorosas: en 6 de agosto de 1658, lady Claypole murió. El protector se dió la triste satisfacción

de rodear el funeral de su hija de toda la pompa de que podía disponer; la hizo trasportar á Westminster, en donde permaneció veinticuatro horas solemnemente expuesta, y desde allí á la capilla de Enrique VII, en donde fué enterrada en un nicho especial y en medio de las tumbas de los reyes.

La enfermedad de lady Claypole habia encontrado enfermo tambien al mismo Cromwell; y aunque resistió con éxito á las crisis de la fiebre de que fuera acometido en sus posesiones de Irlanda y de Escocia, su robusto temperamento se habia resentido al fin: males dolorosos, y amenazando hacerse peligrosos, la gota, irritacion en el higado y en los riñones, la falta de sueño se habian hecho en él habituales. Cuando sentia algun disgusto por sus negocios, se impacientaba y pedia á sus médicos que le hiciesen poner en pié á toda costa. En el momento en que se presentó de peligro lady Claypole, padecia uno de sus ataques de gota, y dando audiencia el 30 de julio al embajador de Holanda, Newport, se sintió tan mal, que hubo de suspender la conferencia, y citó al embajador por la semana próxima.

Tres dias ántes Turloe escribia á Enrique Cromwell: «S. A. permanece tan asiduamente en Hamptoncourt, al lado de lady Isabel, enferma, que de quince dias á esta parte se ha hecho muy poco, ó mas bien, absolutamente nada por los negocios públicos.» Despues de la muerte de su hija, el protector se esforzó para emprender de nuevo sus tareas: celebró un consejo, revisó algunas tropas, terminó una negociacion comercial con la Suecia, se inquietó con la llegada repentina de Sudlow á Londres, y dió orden á Fletward de asegurarse que no traia malos designios; pero una fiebre intermitente se declaró con violentos accesos; tuvo que hacer cama, y se le creyó en grave peligro. Alrededor del 20 de agosto la fiebre cedió, se levantó, y volvió á tomar sus habituales ocupaciones: el kuáker Jorge Fox, á quien él habia autorizado á contar siempre con su buena acogida, se presentó en Hamptoncourt y solicitó verle para hablarle de algunas persecuciones que sufrían los kuákeros: «Yo le hablé, dice este, paseándose á caballo, acompañado de su guardia en el parque; sentí al acercarme un soplo de muerte sobre él; tenia el aspecto de un hombre muerto: cuando le hube expuesto los sufrimientos de mis correligionarios, me mandó volviere otro dia para hablarle de nuevo: volví en efecto al siguiente dia á Hamptoncourt, pero al llegar, Harvey, que estaba de servicio á su lado, me dijo que los médicos no permitian le hablase nadie: me retiré pues, y no le he vuelto á ver jamás.»

(Se concluirá.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las fiestas oficiales del 15 de agosto. — Trajes grotescos. En donde se encuentra la moda. — Analisis de algunos sombreros de invierno. — El sombrero senador, el sombrero Cambridge, el sombrero Escabiosa y el sombrero Rafael. — Las flores vestidas de terciopelo y de felpilla. — Nuevas guirnaldas de flores. — Nuevos tocados. — Los vestidos sin faldetas. — Descripcion del figurin de este numero.

Paris no es Paris en los dias de fiestas populares; es una ciudad tomada por asalto por millares de individuos á cual mas grotescos y ridiculos, que acuden de las provincias vestidos Dios sabe cómo, y que se pasean por nuestras calles orgullosamente.

¿De qué sirven, pues, los boletines de modas que inundan las provincias y el extranjero? Las inglesas se obstinan en vestir bien abrigadas en agosto, cuando florecen los jazmines; en vez de ponerse un chal de encaje, ó una mantilla de punto de Bruselas, la inglesa se arrolla un boa á la garganta, y lleva su eterno vestido de volantes en forma de alcuza; horrible traje que se completa con un sombrero de paja, cuyo corte no se encuentra ya mas que en las caricaturas. Y sin embargo, las que se disfrazan hasta tal punto pertenecen á ese tipo encantador de mujeres rubias, de donde sacó lord Byron sus adorables heroínas.

Pero ¿y los provincianos, con sus pantalones donde se ven estampados los monumentos públicos, su corbata encarnada, su sombrero blanco, su frac azul y su baston ó su paraguas? Es cosa de morirse de risa, y en cuanto á sus señoras no hay nada que decir, sino que cada una de ellas parece una muestra de una tienda de colorines.

Paris se ha visto tan triste y abandonado en esos dias de invasion, que para hallar la moda y las novedades he tenido que ir á visitar á todas las celebridades de la elegancia. Confieso que he ganado en ello, pues así he visto lo que no está divulgado todavía, lo que se reserva para el próximo otoño.

El *Correo de Ultramar* va tan lejos de Paris, que no temo ser indiscreta.

Principiaré por los sombreros.

Los sombreros de otoño son un poco mas grandes que los que se han llevado este verano. El casco se marca bien, y es unas veces cuadrado y otras redondo, y mas bien ancho que estrecho, lo que es preferible á la exageracion en lo pequeño adoptado desde el último año. Por delante cierra muy bien á los lados de la cara.

Para hacer comprender la originalidad de los sombreros de invierno, haré la descripcion de unos cuantos analizándolos, como si se tratara de una comedia ó de un drama.

Hay un género que se llama *senador*, no sé porqué, pero en fin, así se llama, y es de raso color de violeta, bien tendido, con un fruncido al borde como el que llevan las capotas. En toda su altura lleva bandas de terciopelo cruzadas, y en las distancias que las separan, tanto al borde del ala como al

borde del casco, se ven acuchillados de encaje negro. La misma disposicion de encajes se encuentra en la tapa del casco; las cintas son de terciopelo negro; el interior va adornado con ramitos de violetas silvestres de raso de tres colores, con ruche de blonda y grandes lazos de terciopelo negro.

Se hace tambien este mismo género de sombreros de terciopelo *epinglé* blanco y blonda, con capullos de rosa por dentro, lazos de encaje negro y blonda.

Luego viene el sombrero *Cambridge*, sin duda en honor de la alianza inglesa. Este sombrero se hace de terciopelo verde; por un lado, casi al borde del ala, un rizado de encaje de Chantilly deja caer una pluma verde y negra, y por el otro va sostenido en unas presillas de terciopelo, un pliegado de terciopelo verde *epinglé*. La guarnicion que lleva por detrás es muy ancha; el interior va adornado con blondas y lazos de terciopelo color de púrpura y negros.

Despues he visto un sombrero *escabiosa* del mismo color que su nombre. El ala es de raso con puntilla de terciopelo, y el casco es de terciopelo; la tapa del casco es un afollado de canelones de terciopelo guarnecidos de encaje, representando un roseton morisco, con un ancho encaje al rededor, entre el cual hay sembrados claveles de varios colores. Por dentro lleva capullos de encaje negro, y claveles de terciopelo perdidos en una ruche de blonda. Las cintas son de terciopelo *escabiosa* con rayas.

Por último, hablaré tambien de un sombrero *Rafael* de felpilla blanca, con once presillas de raso blanco al rededor del casco, y otras once que unen el casco con el ala. Por un lado se ve una roseta ovalada de felpilla blanca mezclada con blonda, y por el otro se ve otra roseta redonda. Por dentro lleva tambien una roseta ovalada de terciopelo con adorno de blonda.

Ahora pasemos á las guirnaldas de flores.

Las flores de invierno para trajes de calle se visten de terciopelo y de felpilla, porque están sujetas á los caprichos de la moda, y no á las leyes de la naturaleza. Hay rosas de felpilla blanca y de crespon blanco, con hojas de felpilla blanca, ribeteadas de crespon, como hay racimos de uvas de terciopelo con hojas de lo mismo.

En cuanto á las guirnaldas, rivalizan en gracia y en coqueteria, el género diadema y el género griego.

Recomendaré especialmente á mis lectoras un *tocado indio* de uvas purpúreas, con hojas de crespon verde; la uva es muy gruesa y de un color brillante; por detrás hay pámpanos que caen sobre el cuello y los hombros, y por delante un cordoncillo de hojas debe seguir los contornos de una trenza de pelo. Este tocado sienta muy bien á las morenas, de ojos y cabellos negros.

Tambien recomendaré otro *tocado* mas poético, de ramitos de acacia de pluma, con tallos verde dorado, y hojas de crespon con largas yerbas silvestres que caen con el mas gracioso abandono. Este tocado á la *Ninfa*, que forma una guirnalda redonda, es para las rubias de ojos azules.

Tenemos además el *tocado media luna*, que se compone de racimos de perlas blancas, uvas doradas y corales; el tocado de margaritas de pluma blanca con hojas diamantinas, sostenido con un grueso lazo de cinta color de rosa, y por último el rodete *no me olvides*, de reseda y margaritas, rizadas como encaje.

El mes próximo hablaré de vestidos; hoy me contentaré con decir que los corpiños de faldetas están á punto de quedar suprimidos.

Nuestro figurin representa ya hoy uno de esos corpiños sin faldetas; de lo nuevo volvemos á lo antiguo.

La primera jóven sentada lleva un traje de boda, compuesto de un vestido de tafetan blanco, cuya falda va adornada con dos espléndidos volantes de punto de Inglaterra; sobre cada volante se ve un ancho afollado de tul, por el cual pasa una cinta de tafetan blanco. De distancia en distancia se ven lazos de cinta sobre los dos afollados; corpiño subido por detrás, muy abierto por delante, y terminado por faldetas, con puntilla de afollados y lazos de cinta; cuello guipure de punto de Inglaterra muy rico y florido, de fondo enteramente cubierto; mangas compuestas de dos afollados de tafetan blanco y de un volante de punto de Inglaterra con lazos de cinta; guantes blancos guarnecidos de tul y de cinta; velo de punto de Inglaterra; zapatos de tafetan blanco, con taconitos blancos, y medias de hilo caladas.

La segunda jóven lleva un corpiño sin faldetas, que hace valer su fino talle. El vestido es de barés color de perla, con anchas rayas color de violeta y flores satinadas; los volantes y la falda van forrados de tafetan encienico; el corpiño es escotado, y lleva una berta con un ancho rayado color de violeta, y puntilla de encaje negro; las mangas se componen de dos pequeños afollados de barés con volantes de Chantilly; *tocado Luis* describiendo un rodete suelto, que cae por detrás adornado con lazos color de violeta; brazaletes de terciopelo color de violeta.

Detrás de estas dos jóvenes se ven otras dos coquetas. La una lleva un vestido de muselina de China blanca con rayas color de rosa, y la otra un vestido de barés verde mar, con rayas orientales.

Los colores blanco y rosa son casi de vestir. La falda lleva tres volantes con rayas color de rosa, y remate de gasa de lo mismo color; el corpiño subido, fruncido en los hombros, y con faldetas, lleva un adorno de cintas color de rosa atravesadas, que sostiene los pliegues de trecho en trecho; en las mangas van dos afollados y tres volantes; el primer volante lleva un lazo de cinta color de rosa; cuello Luis XIII á punto de aguja, y mangas lo mismo; guantes color de paja.

El traje verde es al estilo edad-media. El corpiño recuerda la moda de Inés Sorel; va escotado con rayado oriental que cierra todos los contornos y el delanterero; mangas de un largo ordinario y anchas, prendida por debajo con un lazo de cinta; mangas interiores de Valenciennes; falda con tres volantes de flequillo, y cinta de terciopelo negro á la garganta con un boton de diamantes.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

Los viajeros en la China.

La China, este país tan misterioso para nosotros hace pocos años, en el dia nos es bien conocido, gracias á las muchas relaciones de viaje por la China, que se han publicado en Europa en estos últimos tiempos. Los miembros de la mision que salió en 1843, bajo las órdenes de M. de Lagrené, han pagado abundantemente su tributo. Ya en 1848 M. Itier habia publicado dos tomos de su *Diario de viaje*, y hoy publica otro tan interesante como los precedentes. M. de Ferriere-le-Vayer, ha dado á luz tambien sus elegantes impresiones de viajero y de diplomático, y por último el capitán de marina J. de la Graviere, que ha estado tres años en los mares de la China, ha continuado la serie de publicaciones inaugurada por los miembros de la mision de 1844. Así pues, contamos con elementos suficientes para formarnos una idea exacta de la China moderna.

Antes de 1840, los europeos no podian visitar mas que los puntos de Macao y Canton, y sus relaciones con los chinos se reducian á los asuntos de comercio; se compraba y se vendia cuanto mas ántes, y esto era todo, pues el comercio, tal como estaba constituido no podia establecer ningun lazo social entre los chinos y los extranjeros. Solo una corporacion de mercaderes tenia derecho de traficar con los europeos, de modo que solo un corto número de chinos se hallaba en relacion directa con aquellos.

Cuando la embajada de M. de Lagrené llegó á la China, la situacion habia cambiado mucho; el cañon de los ingleses habia abierto brecha en toda la extension de la costa, cuyos principales puertos se hallaban á la disposicion de los extranjeros, y acababa de proclamarse la libertad de comercio. El momento era pues favorable para visitar la China; la embajada francesa se iba á encontrar frente á frente con la diplomacia china; iba á observar de cerca los mandarines, á discutir y á comer con ellos, á estudiarlos en la intimidad; era en fin una ocasion única para ver la China.

M. Itier y M. de Ferriere han sabido pintar con vivos colores el cuadro que tenian á la vista. El primero, despues de estudiar á fondo las cuestiones comerciales, se ha detenido tambien en la descripcion de las escenas curiosas y pintorescas que le ofrecian á cada paso los mil pormenores de la vida china, y provisto de un daguerreotipo ha copiado del natural todas aquellas cosas que podian contribuir al brillo de sus descripciones.

He aquí, verbigracia, la casa de campo del mandarín Pan-sen-tchen, uno de los diplomáticos que ayudaron al célebre Ky-ing en la discusion del tratado de comercio.

— He tratado á este famoso mandarin, dice el autor, poseo su tarjeta de papel encarnado, y he tenido el insignificante honor de comer en su casa de campo. La comida, gracias al cielo, fué servida á la europea; nos presentaron, no los horribles productos de la cocina china, sino manjares mas apetecibles; tuvimos vino, tenedores y hasta servilletas! Por eso conservaré eternamente un buen recuerdo de la casa del mandarin Pan-sen-tchen, de esa casa de arquitectura elegante y fina, con sus adornos calados, su enrejado de bambu, su pajarrera, y el gracioso cinturón de tientos de flores que la rodea. Se eleva en medio de un estanque cuyas mansas aguas se hallan cubiertas de verdura. En cuanto al interior del pabellon es un verdadero museo, donde se hallan reunidos con el mejor gusto muebles elegantes, hermosas colgaduras, curiosidades raras como históricas, jarrones de porcelana de China ó del Japon, y de los mejores, pues los chinos saben conocerlos, medallas, rollos de dibujos, en una palabra todas las magnificencias del lujo y todas las singularidades del capricho chino. En otro pabellon, Pan-sen-tchen ha mandado hacer un teatro, donde se representan comedias en los grandes dias. El mandarin tiene además de su pajarrera, una casa de fieras y una docena de mujeres; esto es mucho, pero como es muy rico y generoso y hace muchas limosnas, creemos que se le pueden perdonar sus doce mujeres. Para completar este retrato añadirémos que Pan-sen-tchen se ha mostrado siempre muy favorable á los europeos, y que combatió con toda su influencia en tiempo del emperador Tao-Kwang, las preocupaciones de los letrados chinos.

El daguerreotipo de M. Itier ha reproducido igualmente la *ciudad flotante* de Canton: es una multitud de barcos que cubren, en un espacio de tres millas, las pacíficas aguas del rio Chau-King. Se cuentan por millares, y están colocados con orden y amarrados sucesivamente á fin de formar calles y plazas para facilitar la circulacion; así vive sobre el agua una poblacion que se calcula en doscientas mil almas, y que se compone de pescadores, mercaderes, industriales y aun vecinos que habitan el barco paterno transmitido de generacion en generacion como una casa en tierra firme. Es cierto que en un barco se puede organizar una morada cómoda y hasta elegante. Los chinos descuellan en el trabajo de los artesanos y en el ornato, y en ciertos barrios de la ciudad flotante, se ven pequeños palacios pintados y adornados con mucho cuidado, y que honran sobremanera el gusto de sus arquitectos. No hay seguramente un espectáculo mas curioso y singular que el que se presenta á los ojos del viajero que llega á la vista de Canton, y que navega por entre esas casas de madera suavemente mecidas por las ondas. Nada semejante existe en Europa, y es preciso llegar hasta la China para encontrar una poblacion entera que, sin necesidad aparente, se resigna á esa existencia acuática.

M. Itier ha consagrado un capítulo muy instructivo á la descripcion de Canton y de sus habitantes. Canton

es una de las ciudades mas industriosas de la China; sus talleres y almacenes ofrecen al viajero una mina fecunda de observaciones y de comparaciones que podrian ser de mucha utilidad para la industria europea, á pesar de su incontestable superioridad.

Los chinos no conocen todavía el empleo de las máquinas perfeccionadas, que economizan el tiempo y las fuerzas del hombre; pero, en las obras del trabajo manual, despliegan una actividad, una paciencia y una habilidad admirables. Sus procedimientos son de los mas sencillos, sus herramientas muy toscas, y no obstante logran fabricar los productos mas delicados acabándolos maravillosamente. ¿Qué será pues cuando tomen los descubrimientos y medios de produccion de la industria europea?

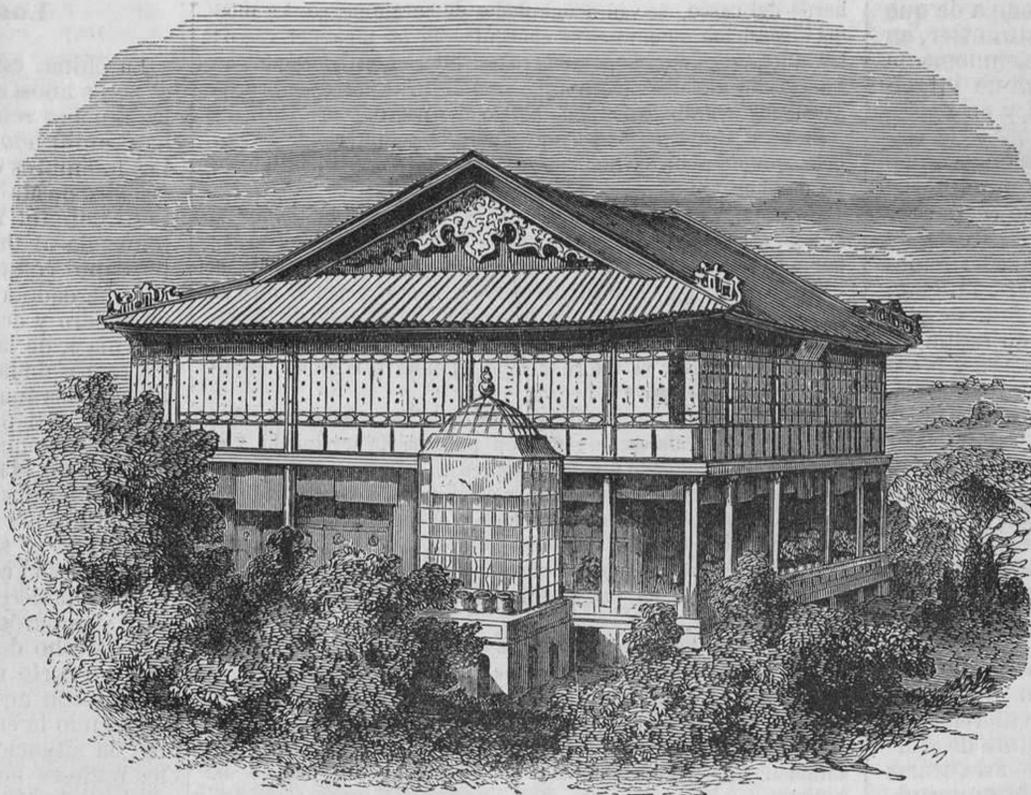
Transportémonos ahora á la Cochinchina. El infatigable viajero armado de su daguerreotipo, visitó la bahía de Turane á bordo de la corbeta *la Alemene*, que fué en 1845 á reclamar un obispo francés encerrado por las autoridades cochinchinas.

Mientras que el comandante de la corbeta negociaba con los mandarines, M. Itier exploraba las riberas de la bahía, y aun llegó en su paseo hasta las famosas montañas de Mármol, situadas á algunas millas de Turane. Hay que advertir que nadie se pasea fácilmente por el territorio cochinchino, pues á cada paso es preciso luchar ó hurlar la consigna que rechaza vigorosamente las miradas extranjeras. Sin embargo, se puede salir adelante en la empresa. Antes de sacar al daguerreotipo el fuerte de Non-Nay, M. Itier se vió obligado á tomarle por asalto. He aquí su relacion:

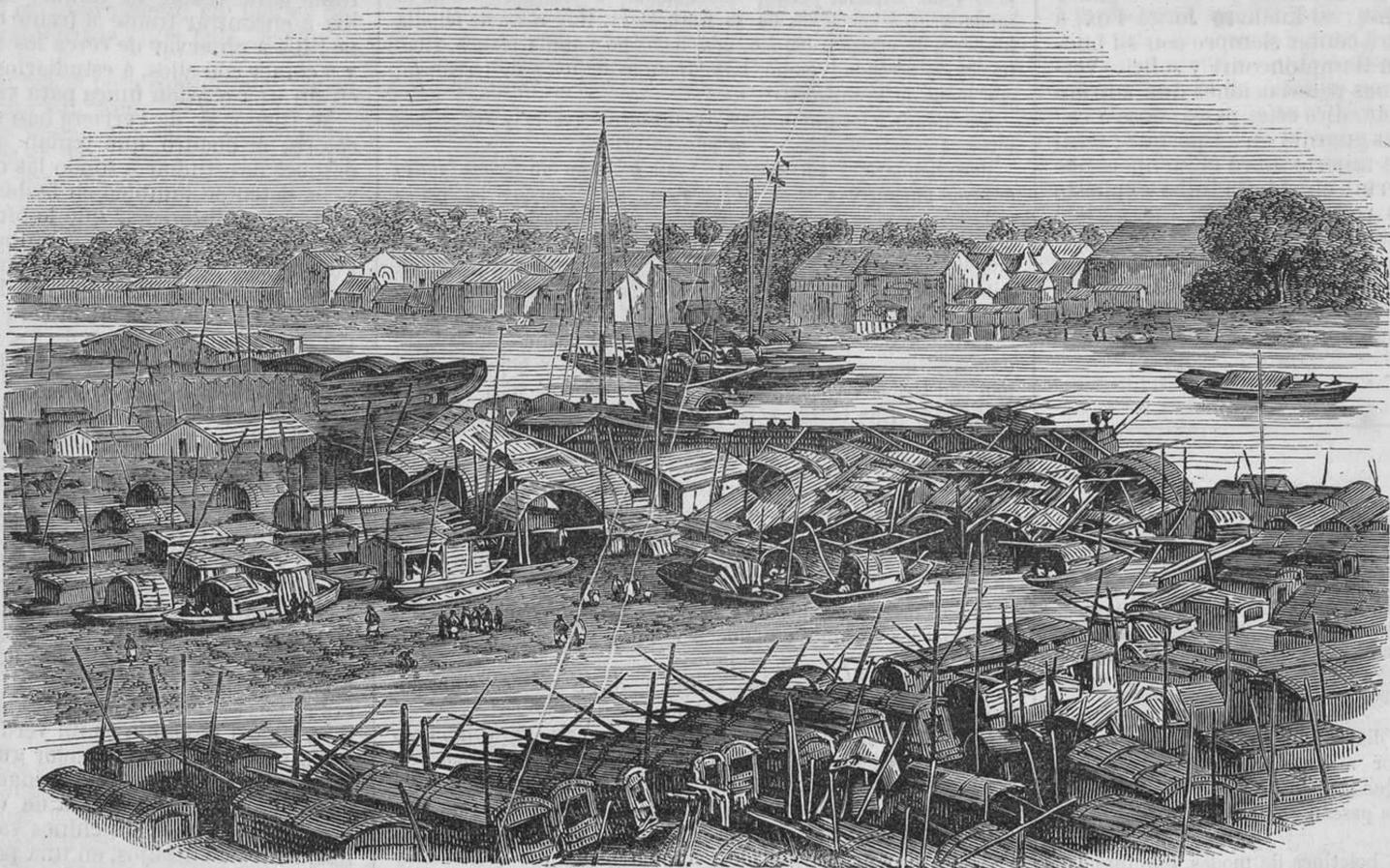
« Nos dirigimos siguiendo la costa hasta el fuerte de Non-Nay.

La mayor animacion reinaba en sus cercanías, y no tardamos en reconocer que toda la guarnicion trabajaba con ahinco en tapar las entradas con zarzas para impedirnos el paso. Este medio tan original empleado por una tropa armada con fusiles, nos hizo ver toda la timidez de la consigna; por eso resolvimos todos el asalto, y nos lanzamos riendo hácia el fuerte, dispersando los montones de zarzas acumulados por los soldados, que arrojaban gritos de desesperacion, tratando en vano de defender sus obras avanzadas. Nada mas cómico que aquel ataque contra las zarzas, tomadas y abandonadas varias veces; por desgracia, el comandante del fuerte de Non-Nay, habia tenido tiempo durante esta lucha de atrancar bien la puerta, y vanamente le suplicamos que la abriera. »

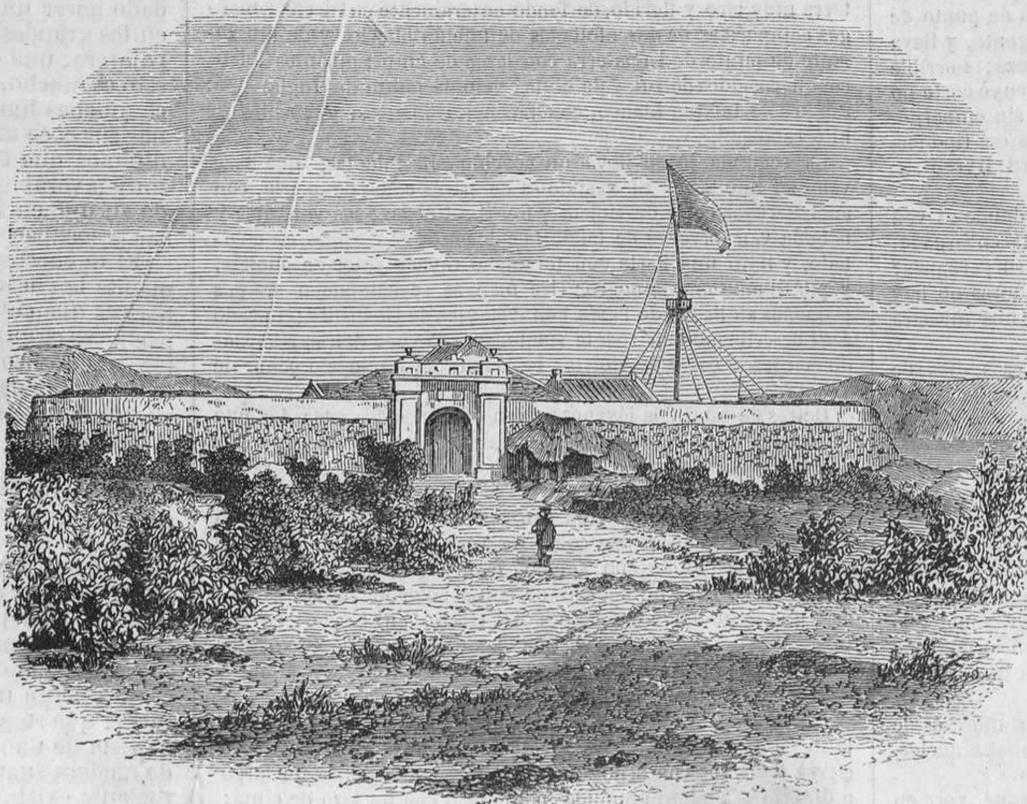
El diario de M. Ferriere-le-Vayer es mas sobrio en pormenores, pero no es ménos interesante bajo su forma breve y rápida. Primer secretario de la legacion de 1844, tuvo conocimiento de todos los actos que prepararon la conclusion del tratado de diez mil años entre la Francia y el Ce-



Casa de campo china, cerca de Canton.



La ciudad flotante de Canton.



Fuerte cochinchino de Non-Nay.

leste Imperio, y pudo recoger en sus muchas entrevistas con los mandarines, impresiones de un carácter mas íntimo. Estuvo admitido, por decirlo así, entre los bastidores de la diplomacia china, y con este motivo abundan en su obra curiosas revelaciones. Sus conversaciones con Huang sobre el régimen interior de la China, sobre las leyes, y sobre el mecanismo de los impuestos, son muy divertidas.

He aquí un extracto, fechado el 15 de octubre de 1844:

« Huang no puede comprender que en nuestro gobierno los partidos se disputen libremente el poder, por los periódicos y la tribuna, entrando á mandar alternativamente.

— Admito, me decia, que se recuerde al príncipe el texto de las leyes cuando las viola. Entre nosotros cada consejo tiene este derecho para los negocios que le atañen; además poseemos un tribunal de censura, y los mandarines han pagado á veces con su cabeza el atrevimiento de sus reprimendas, en tiempo de nuestros antiguos emperadores. Pero que un gobierno permita á un cualquiera que critique sus actos en un pe-

riódico, ó consienta que las asambleas pongan obstáculos á su autoridad, y que las leyes, en vez de ser eternas, sean la señal pasajera de la victoria de un partido sobre otro, es como si se abandonase un carruaje á dos caballos sin freno, y tirando cada cual á su antojo.

» Muche se sorprendió cuando le dije que en Occidente, las naciones que viven de ese modo, son incontestablemente las mas civilizadas, las mas ricas y las mas poderosas.

— Puede ser, me respondió, pero no cuentan una existencia de tres mil años.»

Vemos pues que el mandarin Huang hablaba de política en

sus ratos de ocio, y con mucha sensatez en sus disertaciones en prosa; ahora vamos á ver como se explicaba en verso.

En la China, cuando se separan dos amigos, es costumbre que se hagan un obsequio recíproco de algunas líneas escritas. A los postres de una comida de despedida, el mandarin entregó á M. de Ferriere un rollo grande de papel, en el que habia trazado con un pincel veintiseis versos consagrados á las alabanzas del amigo que iba á dejarle.

« Sus vestidos de oro, dice, tenían un brillo deslumbrador; su estrella de plata presentaba una multitud de puntos luminosos, y sus admirables palabras salian de su boca como pedazos de jade.

En su actitud se asemejaba á un ramo de piedras preciosas, etc. » Muy agradable es por cierto recibir á quemaropa esta descarga de alabanzas; pero lo malo es que hay que contestar en el mismo tono, y el diplomático francés no tuvo mas remedio que someterse á la regla. Cuidado pues con ir á la China sin saber improvisar, en esa crítica circunstancia, una décima ó un soneto. C. L.